

Israel Antonio Colina



Golpe e' tapara



El Sistema de Editoriales Regionales es un proyecto editorial impulsado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, a través de la Fundación Editorial El Perro y La Rana, con el apoyo y la participación de la Red Nacional de Escritores y Escritoras de Venezuela, tiene como objetivo fundamental brindar una herramienta esencial en la construcción de las ideas: el libro. El Sistema Editorial funciona en todo el país con el objetivo de editar y publicar textos de autores que habitan en las regiones. Cada módulo está compuesto por una serie de equipos que facilitan la elaboración de libros. Además, cuenta con un Consejo Editorial Popular conformado por representantes de los escritores y del Gabinete de Cultura.

Golpe e' tapara
Crónicas de Paraguaná

Fundación Editorial



elperroylarana

© Israel Antonio Colina, 2018.

© Fundación Editorial El Perro y La Rana, 2018.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.
comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve
www.elperroylarana.gob.ve

Sistema Editorial Regional - Falcón

Calle Ampíes, Edificio Santa Rosa, Sede IPOSTEL.
Coro - Falcón.
snimprentas@fepr.gob.ve

Consejo Editorial Popular: Rosa Guevara / Joan Manuel García / Angélica
Guevara / María Elvira / Jesús Gauna

Edición al cuidado de: Rosa Guevara
Impresión y acabado: Jeison Lugo
Ilustración de portada: Gustavo Colina

Hecho el Depósito Legal:

DC2016001197
ISBN 978-980-14-3612-6

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



Israel Antonio Colina

Golpe e' tapara
Crónicas de Paraguaná

EL DON DE LA CRÓNICA EN ISRAEL ANTONIO COLINA



Más que un género literario, la crónica es una forma de enfocar la realidad mediante un don; con una gracia que consiste en narrar las cosas que ocurrieron u ocurren en la realidad con un toque de fantasía, a través de la imaginación que habita dentro de los seres humanos. Esa imaginación se diferencia de la ficción literaria en que aquella puede ser constatada en personas de carne y hueso, mientras en la ficción los personajes son creados por el narrador, el cuentista, novelista o el relator oral, quien aporta siempre una pizca de subjetividad personal para darle un toque especial a cuanto narra.

Para el cronista el asunto es, si se quiere, más complejo, pues debe usar ese don, esa gracia o ese salero tomándolo de la realidad vivida o recordada, debe transferir el encanto original de las anécdotas o de los personajes primigenios a su personal estado de ánimo, y de ahí a su estilo de contar, de referir aquella anécdota añadiéndole su sello íntimo, su peculiar manera de interpretar lo que está ocurriendo u ocurrió, desde un punto de vista muy suyo.

Buena parte de ello lo logra Israel Antonio Colina en sus crónicas de Paraguaná, en el pequeño libro que el lector tiene ahora frente a sí. Lo logra porque Israel no ha sido sólo testigo de lo que narra, sino también partícipe y protagonista.

Sabe tomar distancia en cuanto a la anécdota narrada, pero también sabe involucrarse en ésta con una sutileza especial, que lo convierte en testigo excepcional de los orígenes de la ciudad de Punto Fijo, de su historia reciente y de otros pueblos de Paraguaná de data más remota, de sus personajes tan peculiares, surgidos unos de una cultura del petróleo y otros de un paisaje ancestral: esta combinación es justamente la que provee a las crónicas de Israel de un lenguaje propio, a través del cual se van describiendo multitud de personajes, gestos, diálogos, modalidades del habla, costumbres y señas de identidad de Paraguaná, para conformar una serie de textos que se distinguen por su humor y por su capacidad de crítica social, de sátira acerba a veces.

Saludo con simpatía la aparición de este cuaderno de crónicas, celebrando la personalidad humana de quien las ha escrito. Colina se ha desempeñado en los más diversos oficios, se ha internado en los vericuetos sociales de su pueblo y es un gran conversador, un conocedor de la música (es un admirable ejecutor de las maracas) y un hombre dotado de plena conciencia social, de capacidad de observación. Todo esto lo ha hecho sin aspavientos ni protagonismos, acudiendo sólo a una sensibilidad humana que ha mostrado en su trato con las personas, haciendo uso de su sentido del humor y de un constante sentido de la justicia.

Desde joven, Israel se dedicó a la educación de sus hijos Gustavo, Israel y Aimée Luisana, ésta última bailarina y médico; a Gustavo e Israel los encaminó por los senderos del arte, la poesía y la música, y ahora son dignos representantes de la música popular venezolana en nuestro país y fuera de él: Gustavo, el mayor, un maestro del cuatro reconocido internacionalmente, bohemio, pintor y de una inteligencia brillante; Israel, dueño de una voz extraordinaria, poeta, periodista y luchador social; sus hijos me honran con su amistad, me enaltecen con su música, me exaltan con su poesía y su arte, su calidad humana y su deslumbrante generosidad. Pudiera decirse que ellos son obras maestras de Israel Antonio Colina.

Vayan, pues, las crónicas de Paraguaná a cumplir su destino en manos de los lectores.

Estoy seguro de que arrancarán más de una carcajada o una sonrisa secreta a quienes se maravillen de la riqueza existente en lo popular, en las salidas geniales que nos depara siempre el pueblo en medio de su refriega cotidiana, para trascender lo meramente circunstancial, para paliar sus desdichas o su dolor con juegos de palabras o picardías inteligentes, atrapadas aquí mediante la gracia y el don de la crónica.

Gabriel Jiménez Emán

PALABRAS DEL AUTOR

Desde hace mucho tiempo, venía madurando la idea de ordenar mediante escritos, una cantidad de anécdotas, cuentos, vivencias, relatos, historias locales, que a lo largo de mi existencia me han acompañado como un baúl de recuerdos; y gracias a la insistencia de mis hijos, que cada vez que hacía mención de alguno de ellos, me decían: “¡Papá! Ponte a escribir esas cosas, para que otras personas las lean y puedan hacer algún comentario, bueno o malo, pero que lo hagan.” Y fue así como una noche me atreví a sentarme frente a la computadora y a recordar episodios vividos, algunos de ellos desde mi niñez. Han pasado varias lunas desde esa primera noche, tres años aproximadamente.

Poco a poco y al transcurrir del tiempo, fui dándole forma a todos aquellos acontecimientos que de alguna manera quedaron grabados en mi mente y que hoy he logrado concluir y ponerlos a disposición de quienes tengan a bien leerlos. Este esfuerzo —reconozco, es riesgoso,— y pido a quienes tengan la oportunidad de leer cada uno de los escritos aquí plasmados, sepan ubicarlos dentro de la literatura en el sitio exacto donde corresponda. Solo me considero un humilde ser humano con virtudes y defectos como cada uno de los que habitamos este planeta tierra. Dejando claro que soy un escritor convencido de que cada uno de nosotros guardamos dentro de nuestro ser un cúmulo de historias valiosas que vale la pena exteriorizarlas para darlas a conocer. Y eso es lo que pretendo hacer.

Los personajes aquí abordados son de la vida real, unos conservan sus nombres verdaderos, otros por razones obvias, son ficticios; pero siempre conservando el máximo respeto a los mismos que de una u otra manera son recordados en su vecindario por sus ocurrencias en el quehacer cotidiano. Para

ellos el mejor de los recuerdos donde quiera que se encuentren. A los que conocí y siempre observé que fueron seres extraordinarios y que en este modesto libro he querido rendirles un merecido homenaje.

Dedicatoria

*A mis hijos, Gustavo Adolfo, Israel Alejandro
y Aimée Luisana. A mis nietos, María Luna,
Emma Luisa, Adrián Salvador, José Manuel y Manuel (Piqui).
Aunque distantes siempre están conmigo.*

Agradecimientos

Gustavo Adolfo Colina Vargas
Israel Alejandro Colina Vargas
Yariza Rincón Villalobos
Gabriel Jiménez Emán
Julio Amaya López
Julia Teresa López (V) de Amaya
Carmen Vargas (V) de Colina
Cosme Martínez
Jairo Revilla
Osbaldo Colina
Amada Colina de Valles
Francisco Arenas García
Ramiro Sánchez (Pirita)
Esteban (Chopito) Valles

I LA CALLE COMERCIO DE CAJA DE AGUA

Si una calle de un pueblo tiene historia local, es esta, llamada en sus inicios Puerto Cabello. Siendo ella la vía principal del poblado con doble flechado, --para la época--, permitió que en los años '30, '40, '50, '60 y '70, diferentes ramas del comercio se desarrollaran en la misma y por eso desde sus inicios, --la fecha de su fundación se desconoce--. Se instalaron allí una estación de gasolina denominada San José; de Sabino Uría, fundada en 1956, y años después otra en la "curva". Cuatro bodegas bien surtidas cuyos propietarios eran: Siméon Jiménez (Coleguita), la cual se llamaba La Rochela, esta bodega estuvo situada primeramente en la calle Libertador muy cerca de la Botica El Socorro que era regentada por un señor de origen colombiano de nombre Antonio García. La de Ángel Díaz denominada El Mirador que posteriormente fue situada en la calle Comercio con Monagas pero ya con la denominación comercial de Abasto El Mirador propiedad de los hermanos Juan y José Jardín. La Popular de Polibio Oduber y La Gran Parada, de Pedro Pablo Primera.

De este último personaje hay una anécdota y es que su señora esposa la noche anterior soñó con un familiar ya fallecido quien le habló, y como Pedro Pablo jugaba mucha lotería, ese día compró el cuarenta y ocho, porque según él, ese es el número que corresponde cuando un difunto habla en el sueño. Con tan buena suerte, que esa noche al escuchar la radio y ésta al dar los números ganadores, --salió el cuarenta y ocho--, de la emoción gritó ¡BINGO! Se armó un limpio. En efecto así era, el hombre se ganó una buena suma de dinero que para la época eran "reales". No lo van a creer, desde ese momento y por unos cuantos días no permitió que su señora le ayudara en la bodega ni siquiera hiciera los oficios



Estación de gasolina San José, calle Comercio, Caja de Agua.

Fuente: Savino Uria

del hogar; sino que se mantuviera dormida para que siguiera soñando y él ganando...

Así mismo se establecieron no menos de una docena de bares cuyos nombres eran: Mi Propio Esfuerzo, de Aida Moreno, Caja de Agua, de Ricardo Machado. Éste tenía restaurant el cual tuvo varios administradores; entre ellos: la Señora Carmen Cianury, mejor conocida como Conchita, era de nacionalidad española. Ofelia Sánchez y los hermanos Chávez que cariñosamente les decíamos Los Panchos. El Mirador, Mi Cabaña; después se llamó Babandí. Rancho Polar, Gregory, --que después pasó a llamarse Cesar Palace--, Santa Ana de Licha Puente, Comercio, Pata Pata y El Edén, este último de José Cupertino Mendoza. Éste también era bar restaurant y una de las personas que lo administró en esa época de los '60 fue la Señora Chona Lugo. En el mismo se escenificaban unas reyertas siempre con saldo de heridos. Pero también como para contrarrestar esos feos espectáculos presentaba talento en vivo habiendo tenido el privilegio de tener entre sus invitados al cantante, músico y compositor Eneas Perdomo y su Conjunto Criollo en los comienzos de su carrera artística cuando éste se desempeñaba como promotor de ventas para el estado Falcón de la Cervecería Polar. Jairo Revilla formó parte de ese Conjunto aun siendo un niño.

También se establecieron en esa calle una quincallería y librería denominada La Casa del Regalo, de Sofía Guadarrama, situada a un lado del Bar El Edén. El Colegio Cervantes (privado) y Cirilo García con su taller de carpintería donde cualquier cuatro o guitarra que le llegara en condiciones deplorables por los carajazos que recibían de sus ejecutantes en cada parranda, él los ponía como nuevos y así continuaban acompañando en cada serenata a los músicos y juglares del momento. Entre ellos estaban Jairo Revilla, Gonzalo Chirinos, Henry Guanipa, Nelson Vargas, Rafael Chirinos, Cornelio Molina y Kiko Guadarrama.

Se ubicaron también los abastos: El Mirador de Juan y José Jardín, Caja de Agua de Francisco Mendoza y Cristian Freites, Nueva Granada de Juan Abreu y Abasto El Dilema de Melitón Atacho que funcionó en la casa de Pedro Aguilar. También estaban la zapatería Eliz, de Yoyo Santeliz y la barbería de Juan González. En la casa de Chindo Bracho funcionó la Sastrería Nino y un depósito de pinturas Dupont. La zapatería Eliz también estuvo ahí un buen tiempo y por último una receptora de ropa de la Lavandería Lasa de Carlos Laguna. Ya esta casa no existe ni la de Ventura Valles que estaba a un lado de ésta; ambas desaparecieron y en su lugar funciona hoy día un supermercado. A un lado de esta casa en la parte Oeste en un local de Pedro Reyes funcionó por mucho tiempo una barbería atendida por un señor de nacionalidad colombiana.

Se establecieron las contratistas, Varela Hermanos, la Constructora Smith de Vitico Smith, ambas estaban situadas en el lado Oeste de la Estación de Servicio San José. Ofeteca de la familia Richani, González Hermanos y en la esquina de la calle Comercio con avenida Jacinto Lara funcionó por mucho tiempo una contratista propiedad de Goyo Magdaleno. Hoy día en ese sitio funciona la Estación de Servicio La Piedra. En la esquina del frente está hoy día Asados Dino, terreno éste que ocupaba el Bar Santa Ana de Licha Puente. En dicha calle construyeron la Iglesia Virgen de Fátima y también se ubicaron los talleres Italo venezolano, Marconi y una empresa distribuidora de pinturas y productos asfálticos denominada Cindú de Venezuela. En ella también estuvo por

mucho tiempo una Comisaria policial.

Y como si faltara algo en el ramo del comercio; también funcionó un nido de amor clandestino, que no era tan clandestino porque todas las autoridades sabían de su existencia y se hacían los locos. Donde se le daba rienda suelta al oficio más antiguo de la humanidad, la prostitución, Rafaela lo regentaba. Por allí desfilaron muchas damas que ofrecían sus caricias con los “tres platos” incluidos por sumas de dinero muy solidarias. Haydé, La Yuya, La China, Carmen y Mary, sus seudónimos son de grata recordación por quienes hasta se encabronaron con alguna de ellas y más de una fue rescatada de esa vida pernicioso por hombres trabajadores y pasaron a ser sus esposas con todas las de la ley.

Y si era que alguien contraía alguna enfermedad de transmisión sexual por no haber tomado las precauciones debidas al haberse presentado a la guerra sin el “casco respectivo”, eso lo arreglaba el Negrito Secundino —que era el esposo de Rafaela—, con la aplicación de tres inyecciones Cantrex que se las suministraba una cada tres días. Entonces el paciente pasaba de ser un “puyón a puyón puyao”. Eso fue lo que se ganó por estar echándose de Rodolfo Valentino.

Este negrito serrano muy cariñoso, para él todos nosotros éramos sus sobrinos; creo que después de tía Juana en la Costa Oriental del Lago de Maracaibo en el estado Zulia este personaje era el segundo con más sobrinos conocidos en el mundo. Más de preparar a los difuntos para su viaje final a El Paraíso, si es que se lo habían ganado, ponía inyecciones a domicilio. Difícilmente haya en Caja de Agua un ser humano que no le peló esas nalgas al Negrito para que lo inyectara. Unos jóvenes como Marcos, Carlos, Cheo y Alirio que siempre se caracterizaron por ser la flor del trabajo, su base de operaciones era ese prostíbulo. Ahí vivían emperraos.

Por lo menos dos veces a la semana esta calle se alborotaba con la visita de Marcela, una señora “ya entrada en años”, de piel blanca y ojos azules, su cara siempre empolvada, sus mejillas rosaditas pintadas de un fino carmín y de labios rojos como el color del sabroso fruto del cactus (buche). Los vestidos que lucía en cada ocasión eran de unos estam-

pados muy llamativos. A los pobladores les dio por llamarla “La Rock-cola”, quizás porque se paseaba para arriba y para abajo en la cuadra comprendida entre la calle Libertad hasta la Monagas, o sea, desde la esquina del Bar Caja de Agua hasta la esquina del abasto El Mirador, vociferando a todo pulmón improprios contra Roger porque no le permitía ver a su hija Aliria quien era una adolescente muy hermosa que por esos días él la había hecho su esposa. No dejaba de hablar y mucho menos de caminar de esquina a esquina. Para ese momento Roger tenía a la hija de ésta en casa de sus padres, los Aguilar. Creo que cuando le empezaba a “atacar” el hambre casi al medio día, iba perdiendo fuerzas, entonces le bajaba los decibeles a su potente voz y desaparecía.

Así mismo los días sábados y domingos esta calle recibía los pasos apresurados de un hombre rechoncho de sonrisa amplia y permanente, ojos grandes y de piel negra, de pantalón y camisa ancha, un paltó que le cubría las manos y zapatos grandes mirando al cielo, siempre en la compañía de su “cuartico” en uno de sus bolsillos y su característico estado etílico hacia que más bien pareciera un muñeco eléctrico, --cuando a éste le dan cuerda--.

Siempre andaba apurado y pitando con su boca piii piii piii, imaginándose un carro, como pidiendo paso, lo llamaban LIPE, su nombre de pila era Felipe Medina. Si alguien en un vehículo y por echarle broma se paraba y le decía que se montara para darle la cola, éste decía que no, porque andaba apurado. ¿A Dónde iba a parar este personaje con tanta prisa? No lo sabemos, lo que sí sabíamos era que salía de la calle Páez de Punto Fijo, entre Bolivia y Ecuador, residencia de la familia de Jacinto Lanoy.

Ahora bien, lo histórico no es porque se hayan establecido esos comercios y Marcela improvisaba su larga perorata en la misma en contra de su “adorado yerno” y menos aún porque LIPE pasara los sábados o domingos por ahí. Sino porque estando el Aeropuerto de Las Piedras muy cerca de esta calle Comercio, ahí llegaban los políticos que andaban en campaña por la presidencia de la República; lo que permitió que todos los residentes de la misma tuvieron la oportunidad de ver pa-

sar y hasta de estrecharle la mano a más de un candidato que por ella se desplazó a pie acompañado de multitudes que los seguían y que en la noche darían sus mítines en el centro de Punto Fijo con ese verbo encendido que los caracterizaba.

Por eso es que en esa calle todavía hay quienes recuerdan los rostros de Rómulo Betancourt en dos oportunidades —una en campaña y otra como Presidente cuando vino a inaugurar el muelle de Las Piedras—, en este último recorrido por normas de seguridad hubo la necesidad de quitar cuanto carro estuviera estacionado en la vía. Un Buick que tenía Lucas Colina que desde hacía meses estaba accidentado frente a su casa fue remolcado por una grúa y sacado del sitio hasta que el Presidente terminara de hacer su recorrido. Betancourt era un hombre muy malicioso. Donde no funcionó la seguridad fue en la avenida Los Próceres de Caracas, el 24 de junio de 1960, --día del Ejército--, ya que en pleno desfile desde un vehículo estacionado explotó una bomba que casi acaba con su vida.

También pasaron por ahí: Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Gonzalo Barrios, Germán Boregales, Braulio Jatar Doti y Carlos Andrés Pérez, —este último también en dos oportunidades,— luciendo su impecable flux blanco que lo hacía parecerse aquella publicidad del caballero blanco de Ajax, quien haciendo alarde de su contextura atlética que le permitía saltar charcos como un sapito lipón y dejar a su paso grabado en el asfalto la huella indeleble de sus zapatos y detrás de él aquella multitud gritando desenfrenadamente ¡Ese hombre si camina, va de frente y da la cara! ¡Ese hombre si camina, va de frente y da la cara! Como podemos apreciar, tres de estos candidatos visitantes fueron Presidentes y los otros ocuparon cargos de mucha importancia dentro de esos gobiernos.

II LA COMISARÍA DE CAJA DE AGUA

Este recinto policial siempre tuvo su sede en la calle Comercio de esta población, en una oportunidad estuvo por mucho tiempo a escasos metros del Bar Caja de Agua, hacia el Oeste, y después en la misma calle frente al Bar El Edén, eso fue en los años '50 y '60, posteriormente fue mudada para la calle Monagas muy cerca del Bar Sol y Sombra, de Felipe Jiménez. Siempre había dos policías, veinticuatro horas de servicio por veinticuatro libres. Tenían mucho trabajo los fines de semana en vista de que había una cantidad considerable de bares y sus clientes después de consumir unas cuantas botellas de licor o cerveza les daba por discutir hasta llegar a los golpes y utilizar armas blancas para agredirse. Eran unas peleas impresionantes que se convertían en riñas colectivas donde salían varios heridos. Ellos tenían que pedir refuerzo a su comando en Carirubana para lograr el restablecimiento del orden público.

Al tener conocimiento de una novedad en la barriada cerraban la comisaria y los dos gendarmes salían con su "revolvito" viejo Smith & Wisson, calibre 38 y un "rolo" hecho de madera, --ambos amarrados al cinto con un corraje de cuero cruzado por el pecho y espalda de sus uniformes de kaki y kepi del mismo color--. Cuando estos servidores del orden público llegaban al teatro de los acontecimientos difícilmente los infractores de la ley se resistían a la orden de arresto que estos les impartían. Era principio de los años '60 y gobernaba la nación Rómulo Betancourt y esa fuerza pública era muy severa. Por esa comisaria pasaron policías como: Antonio Sánchez, Esteban Primera (Vichiviche), José Revilla, Asunción Marte, Francisco Perozo, Ramón Hernández y Rómulo Primera, entre tantos.

Un día sábado por la tarde llegó una dama a ese recinto

policial con la denuncia de que tras una discusión con su esposo éste la había golpeada en su rostro y ocasionado un hematoma en el ojo derecho. Después de tomar la denuncia de rigor estos abnegados policías salieron a dar cumplimiento a su trabajo, --para eso les pagaban--, para atender los desmanes fuera de la ley.

Al llegar a la residencia de la agraviada le dieron la voz de arresto al esposo de la denunciante, quedando identificado como: Eduardo Pereira, venezolano, de 30 años de edad, casado, ojos azules, piel blanca, 1.80 de estatura. De inmediato se entregó a la autoridad y a pie en medio de los dos gendarmes fue conducido a la referida comisaria donde quedó detenido por las lesiones infringidas a su compañera de vida y pasó a terminar de pasar la “rasca” que tenía en una pieza que servía de calabozo para las detenciones preventivas.

El día domingo, los guardianes cerraron la comisaria y se fueron almorzar, dejando al detenido sin custodia alguna. Al cabo de dos horas regresaron; sorpresa se llevaron cuando se dieron cuenta que el hombre no estaba en el calabozo y la ventana posterior había sido sacada de su base, puesta a un lado, permitiendo así la fuga del detenido. Ellos avisaron a su comando lo sucedido y de seguida salieron en su búsqueda. Fueron a su casa pero allá no había llegado, quizás por dos razones y estrategia no dirigió sus pasos a su residencia: uno por que la causante de que estuviera preso era su esposa, que lo denunció, y la otra que era casi seguro que la autoridad los buscaría allí. Pero si la fuga les causó sorpresa a los guardianes ésta fue mayúscula cuando a eso de las seis de la tarde se presentó el susodicho a la puerta de la sede policial para pasar al calabozo y terminar de cumplir con su arresto. Era un hombre de honor y no le gustaba tener deudas pendientes con nadie, menos con la justicia.

El Oficial de guardia al verlo, de una vez le propinó, no una paliza sino una serie de preguntas: ¿Dónde estaba usted? ¿Eduardo usted se volvió loco? ¿Cómo se le ocurre violentar la ventana y darse a la fuga? ¡Tremendo lio en el que nos ha metido, ahora somos nosotros los que estamos arrestados por su evasión! Y éste que ya venía cenado, bañadito y con

ropa limpia. Se había quitado ese olor a calabozo nauciabundo y sin inmutarse mucho, le respondió: ¡Tenía hambre y salí a comer!, no probaba “bocao de comida” desde ayer en la mañana. ¿Qué cree usted señor policía, que solo a ustedes les da hambre? —Yo también soy un ser humano—. Les dio una clase de derechos humanos.

De mi tío Eduardo hay una anécdota y es que un día en la mañana se encontró con un vecino y éste le comunicó que acababa de fallecer un fulano que ambos conocían. Y él de inmediato exclamó: ¡No puede ser! y se puso muy preocupado y daba vueltas y se pasaba insistentemente las manos por el cabello y barba, por lo que su interlocutor le preguntó el porqué de tanta preocupación? —Si es que eran familia?— a lo que le respondió--: no, es que Manuel --así se llamaba el difunto-- me debía doscientos bolívares...

III EL COCHINO DE GUANADITO

Finalizaba la década de los años ochenta del siglo próximo pasado, cuando hizo su aparición en la Urbanización Judibana, un hermoso cochino – lo de hermoso es un chiste–, muy grande, de aproximadamente doscientos kilos (200 Kg), blanco tirando a colorao. Este peculiar animalito hacía su entrada triunfal a Judibana a eso de las tres de la madrugada; procedía de Guanadito, recorría Campo Médico y el sector Los Bloques. Luego se iba y llegaba hasta la zona comercial, hasta los alrededores del Teatro Judibana. Guanadito es una población que queda afuera de los límites de la cerca perimetral que separa a dicha población con el campo petrolero de la Refinería de Amuay hoy CRP, en la Península de Paraguaná del estado Falcón.

Es el caso que este cochinote, se paseaba todos esos sectores y tumbaba cuanto pipote de basura encontrara a su paso. A las seis de la mañana cuando estaba regresando a su población de origen, esos sectores estaban de basura esparcida en la mayoría de sus calles. Era literalmente un total desastre. En vista de la actitud asumida por este animalito, opté por visitar al Periodista Max De León Calles, quien se desempeñaba como Jefe de Redacción del noticiero “El Correo del Pueblo” en la Emisora Ondas del Caribe, y le manifesté la situación por la que estábamos pasando los moradores de esos sectores por culpa de ese bendito cochino.

Ese día, en la edición vespertina de ese noticiero, se hizo mención de tal situación y el locutor con su voz engolada, dijo: “Los habitantes de Judibana se quejan de la presencia de un cochino que tumba cuanto pipote encuentra a su paso; por lo que dicha urbanización amanece totalmente sucia. Se le

agradece al dueño de dicho animal, proceder a encerrarlo en su corral, porque de lo contrario hasta el rabo va a ser chicharrón.” Me imagino que el dueño escuchó esa tarde el referido noticiero y asumió la recomendación que se le hacía, porque al cuadrúpedo no se le vio jamás por esos predios. Aunque después no lo vimos, no sabemos si alguien se lo comió en chicharrones.

IV LOS ZAPATOS DEL DIFUNTO

En una antigua clínica de Punto Fijo, sucedió por allá por los años sesenta, un caso bastante bochornoso con un paciente portugués que falleció después de varios días de estar recluido en la misma. El presente relato me lo contó un chofer de una conocida funeraria de la época, quien hizo el traslado del difunto hasta su casa de habitación. Es el caso, que una vez fallecido el paciente, sus deudos le entregaron a la persona encargada de preparar el cuerpo: un flux, camisa, pantalón, ropa interior, corbata, medias y unos zapatos de marca, todos completamente nuevos, comprados ese día en el comercio local. Una vez el cuerpo en la casa, uno de sus hermanos tuvo una corazonada y algo le decía que a su hermano difunto le faltaba algo de lo que ellos llevaron a la Clínica. Procedieron a abrir el ataúd, y se llevaron tremenda sorpresa pues no estaba equivocado. Al difunto le faltaban los zapatos. Entraron en cólera y salieron de inmediato rumbo a la clínica.

Al llegar solicitaron hablar con el director. De seguida los mandó a pasar a su despacho. Ellos le relataron lo sucedido con la vestimenta de su difunto hermano. El director no podía creer lo que estaba escuchando de este trío de lusitanos. De inmediato le dijo a su secretaria que le localizara a la persona que preparó al difunto, y todos salieron al pasillo. La sorpresa para ellos fue mayúscula cuando vieron venir al susodicho personaje muy orondo por el centro del pasillo con los zapatos del difunto puestos, --como si fuera un patiquín pavoneándose a las seis de la tarde por plena plaza, camino a casa de la novia.--

Al director que era una persona de carácter muy fuerte, por poco le da un infarto al ver que uno de sus empleados

había mancillado el prestigio de su clínica con tan enorme inmoralidad. Los portugueses llenos de ira y con las orejas rojas de arrechera, se abalanzaron sobre el sujeto con ganas de lincharlo y le quitaron los zapatos. El médico director los pudo controlar con su verbo de viejo sabio. Inmediatamente le gritó al empleado: tú estás despedido por robarle los zapatos a un muerto.

Era lo menos que le podía pasar a este zamuro vestido de gala para la parca. Los dolientes salieron de la clínica con los zapatos de su querido deudo, a quien luego de ponérselos, seguro le sería más tranquilo el camino hacia el Paraíso, si es que era para allá que iba. Si iba por el otro camino, obviamente le protegerían más sus difuntos pies.

V EL PERRO QUE SABÍA LAS 4 REGLAS MATEMÁTICAS

Las empresas petroleras Creole y Shell se establecieron en Paraguaná en la década de los años 40 del siglo XX. Shell en el extremo Sur y Creole en el extremo Norte. Cada una de ellas tenía y tiene por lo menos dos “Clubes” para la recreación del personal que labora en sus instalaciones. Ahí se hacían y todavía se hace mucha actividad cultural, fiestas bailables con los mejores Conjuntos Musicales y Orquestas de Venezuela. Hago esta pequeña reseña porque en uno de ellos, sucedió algo muy peculiar. Admito que pudo haber sucedido en el Club Judibana, Bahía, Miramar o el Náutico; eso no importa. En una de esas fiestas se presentó una señora norteamericana con su mascota, un perro muy hermoso. Al llegar a la puerta de entrada al club, el vigilante allí destacado, le hizo saber que el bello can no podía entrar, que estaba prohibida la entrada de animales al referido salón de fiesta. Ella insistió, pero el vigilante se mantuvo firme en hacer cumplir los reglamentos internos de su sitio de trabajo.

Le propuso que lo podía dejar amarrado cerca de la puerta, que él se lo cuidaba y ella podría disfrutar plácidamente de la velada musical. Ella al final aceptó entrar a la fiesta sin el animalito. Pero le hizo saber al vigilante que su perrito era muy inteligente, al extremo que se sabía las CUATRO REGLAS MATEMÁTICAS; que se lo tratara muy bien. El vigilante a pesar de su poco grado de instrucción primaria, a duras penas había logrado concluir el sexto grado, se quedó viéndola caminar hacia lo interno del club y murmuró entre dientes: “Esta musiúa como que cree que yo soy pendejo”.

La fiesta se desarrollaba normalmente. Aquella noche, el

sempiterno silencio nocturnal paraguano de brisa incesante, era arropado por la buena música de la Orquesta Billo's Caracas Boys, la cual amenizaba el evento en ese momento con mucha alegría. El perrito quizás por el hambre, y por estar amarrado en un sitio desconocido para él, y la ausencia prolongada de su dueña, hizo que se pusiera rabioso y muy impertinente. El vigilante, que ya se sentía fastidiado por su mal comportamiento, optó por untarle ají picante en su trasero. Ya en la madrugada, cuando empezaron a salir los asistentes de la fiesta, se presentó la susodicha a buscar a su perro. Pero algo le llamó la atención. El perrito estaba muy incómodo y arrastraba su trasero contra el suelo y aullaba. De seguida se dirigió al vigilante y le preguntó el por qué su mascota estaba en esas condiciones. El vigilante le contestó: ¡Es que le puse una REGLA DE TRES, le salió mal y la está borrando!

VI EL EFECTIVO EN LA ALCABA

En la Sierra falconiana por allá en la década de los años sesenta del siglo XX; (años turbulentos por cierto, signados por los episodios políticos que se vivían para entonces en Venezuela), un grupo numeroso de jóvenes tomó las armas para manifestar su descontento en contra de la democracia representativa. El movimiento no solo actuaba en la Sierra de Falcón, sino en varias partes del país. Como consecuencia de esa situación, las autoridades colocaron varios puntos de control en la carretera “Coro-Churuguara”, para la requisa de personas y vehículos que por allí transitaban.

En una de esas alcabalas, se destacó un efectivo militar, no sé de qué componente, pero era muy acucioso en su trabajo, requisaba casi a todo ciudadano y vehículo que por allí pasara en sus horas de servicio. Unos se sentían fastidiados por tal actitud, porque al final de la requisa terminaba pidiéndoles algo de lo que transportaban; sobre todo, a los camioneros que llevaban hortalizas, plátanos, leche, queso; entre otros alimentos. Al extremo que se ganó entre los transeúntes, el remoquete de “La gata”, por aquello de que “pedía más que una gata hambrienta debajo de una mesa” cuando sus amos están comiendo.

Entre los camioneros había uno a quien parece que se la tenía dedicada -así pasa a veces- siempre era el mismo ritual: ¡Ciudadano, documentos del vehículo, documentos personales, guía de circulación! Y después venía la vuelta reglamentaria de 360 grados alrededor del camión, a paso lento y sospechoso con los papeles en las manos. Toda una puesta en escena. Cuando el chofer en su camión 750 venía bajando de Barquisimeto a Coro, cargado de legumbres le decía:

¡Déjanos un saquito de legumbres para los sancochos! Y allá te va para el suelo un saquito de productos agrícolas. A los días, volvía a bajar cargado de yuca, y el cuento era el mismo. Volvía días después cargado de plátanos y aquí está “La gata” pidiendo. Allá te va al suelo un saco de plátanos. Esa situación fue así por varios meses.

En uno de esos viajes, venía con el camión vacío. Cerca de la Alcabala, el agraviado chofer, pedía a Dios que no estuviera de guardia el personaje de marras y seguidamente se preguntó internamente: Ahora que voy con el camión vacío. No sé qué me irá a pedir este degenerado “servidor público”. Una vez en la Alcabala, aquí está a quien él no quería encontrar ese día en su camino. Y volvió con el acostumbrado método utilizado durante mucho tiempo contra el indefenso chofer y de una vez le soltó esta pregunta: ¿Y eso que hoy vas con el camión vacío? Y le contestó que iba a Paraguaná a buscar una carga de lubricantes. Y el flamante uniformado en seguida le pidió el favorcito, y le dijo: ¡Hermano viniste como mandado por Dios! ¿Sabes que me transfirieron para Punto Fijo y tengo a mi esposa y la niña lista con toda la mudanza para irnos a Paraguaná? ¡Hazme ese favor! Inmediatamente, pidió a otro uniformado que le recibiera la guardia, que ya había conseguido transporte para su mudanza. En el trayecto a Punto Fijo, el chofer del 750, le mentó la madre para sus adentros hasta que llegaron a su destino.

VII UN EPISODIO DE LA GUERRA DEL GOLFO PÉRSICO, OCURRIÓ EN LA REFINERÍA DE AMUAY

El día 2 de agosto de 1990, cuando se dio inicio a la invasión a Irak, por parte de 34 países liderados por EE.UU. –“una pelusa”–, todos contra uno. Desde la media noche para el amanecer del 2 de agosto, en la Refinería de Amuay, hubo alerta máxima, por aquello de ser Venezuela uno de los países de mayor producción de petróleo en el mundo. Se redoblaron los controles de acceso --tanto de personal como de vehículos-- al área de refinería.

Las noticias en el mundo relacionadas a la invasión a Irak eran abundantes, se hablaba mucho de Sadam Husein, su Presidente. A eso de las 9 de la mañana de ese día, surge un rumor dentro de la Refinería, rumor que después se convirtió en alarma y noticia a la vez. Un ayudante de soldadura, por jugarle una broma a sus compañeros de trabajo, le colocó a su casco de seguridad en la parte frontal, el nombre de SADAM HUSEIN.

¡Dios mío! Esa acción de ese juguetón obrero se le convirtió en una pesadilla. Las autoridades encargadas de la seguridad interna del Centro Refinador de Petróleo más grande del mundo, se encargaron de las averiguaciones preliminares. Posteriormente fue llevado a un órgano de seguridad del Estado, donde me imagino rindió alguna declaración al respecto y pudo convencer a los investigadores, de que solo fue una broma, ya que no poseía filiación consanguínea ni política alguna con el político Iraquí. Supe que en el transcurso de la tarde se reintegró a sus labores ordinarias, donde sus compañeros de labores lo recibieron con aplausos. Para ellos desde ese día en que él cambió de nombre, Paraguaná tiene un SADAM HUSEIN.

VIII EL DÓBERMAN DE RAMÓN FEBRES

Ramón Febres es un ciudadano que en los años 80 y 90, se desempeñó como Supervisor de PCP en la Refinería de Amuay en Judibana y estaba residenciado en Campo Médico. Para ese tiempo, era una urbanización habitada exclusivamente por personal Nómina Mayor, como se le decía entonces. En el solar de su casa que estaba cercado con malla de ciclón, tenía un perro dóberman de color negro. Ramón acostumbraba, al igual que otros vecinos, salir a caminar por dicha urbanización a eso de las cinco de la mañana. En uno de esos recorridos se encontró con uno de los vecinos más próximos a su residencia y éste le comentó: Ramón, ayer vi tu perro por Judibana, en la zona comercial, estaba con otros compañeritos. Ponle cuidado porque te lo pueden enfermar. Es posible que sea que ande con una perra en celos. Sorprendido, Febres le dice que será otro perro porque el suyo está en el solar y la cerca es alta. Cuando llegó a la casa a eso de las seis de la mañana, se asomó al solar y ahí estaba su consentido can durmiendo plácidamente. De todas formas se quedó con la interrogante.

Al día siguiente cuando se disponía a salir esa madrugada a disfrutar de su caminata y de esa brisa hermosa que solo sopla en Paraguaná, observó que el perro no estaba en el solar. Entonces optó por no ir ese día a sus ejercicios mañaneros para ver por lo menos cómo era que su perro salía y entraba al solar, sin hacerse daño. Pues bien, lo comprobó. Su vecino no le estaba mintiendo cuando se refirió al comportamiento del dóberman. El animalito, con unas habilidades extraordinarias saltaba la cerca de ciclón, con más de dos metros de altura, como si nada y así amanecía en su solar como todo un perro de muy buenos modales. Por un “pelín” no quedaban

los testículos guindando en la misma. En vista de lo mañoso en que se había convertido para engañar a su amo, éste, el fin de semana siguiente, viajó junto a su familia para la playa de Tiraya, en el Municipio Falcón y se llevó su consentido perro. Esta vez con la intención de regalarlo a algún morador de esa bella playa. Así lo hizo, después de disfrutar de su fin de semana playero, le dio como regalo a la familia que le sirvió de anfitriona, el hermoso ejemplar canino. No fue nada fácil para Ramón y su familia desprenderse del perro que tenía ya bastante tiempo con ellos. Los niños lloraban, pero era una decisión ya tomada y punto.

La sorpresa de Ramón fue inmensa, cuando ya había pasado una semana de aquel acontecimiento. Una tarde estando en su trabajo recibió una llamada de su esposa, para decirle que el dóberman había regresado a casa. ¿Qué estás diciendo? ¿Que el perro regresó a casa? ¡Es que nadie en la familia lo podía creer! ¿Saben por qué? Porque de Campo Médico en el Municipio Los Taques y la playa de Tiraya, en el Municipio Falcón, hay aproximadamente 60 Kilómetros de distancia, y el perro fue llevado hasta allá en carro ¡Increíble pero cierto! Desde entonces se quedó en el hogar de los Febres hasta el final de sus días y así quedó demostrado una vez más que el perro es el mejor amigo del hombre.

IX EL JARDINERO DE CAMPO MÉDICO

Transcurría la segunda mitad del siglo XX en aquella Paraguaná semi-rural, donde en 1945 y 1946, sirvió de asentamiento a las Refinerías Shell (Holandesa) y Creole (Norteamericana), para la refinación de petróleo y sus derivados, cuyo oro negro se desplaza desde la Costa Oriental del Lago de Maracaibo (Estado Zulia) de donde es extraído de las entrañas de dicho lago y transportado a Paraguaná a través de un oleoducto de aproximadamente doscientos ochenta y cinco kilómetros (285 Km). Éste, en el kilómetro 195, se sumerge en el Golfete de Coro, exactamente en el sector Arajó, de la Parroquia Río Seco del Municipio Miranda y sale en el sector Tigudare al Este de la Parroquia Punta Cardón, Municipio Carirubana.

En el Campo Staff o Campo Médico, como se dio a conocer esta urbanización, exclusiva para personal gerencial, trabajó de jardinero un mozo. Su nombre era Adolfo, quien se dedicaba precisamente a las tareas propias de ese oficio y las complementaba a veces, lavando los carros de los gringos, quienes eran los que habitaban para entonces ese campo residencial. Campesino, bien parecido, de cuerpo atlético, atraído además por los personajes de las películas mexicanas --como muchos jóvenes de la época--, usaba sombrero y bigote tipo Pedro Infante o Jorge Negrete. Con el pasar del tiempo este obrero aprendió a hablar inglés. Bruto no era. Este joven jardinero fue contratado por una señora norteamericana, esposa de un gerente de un departamento de la refinería, para que le arreglara el jardín de su casa. Estando en plena faena y cuando ya el sol paraguano empezaba a hacer estragos en la humanidad de este humilde obrero, ella lo llamó y lo invitó a pasar al interior de la casa, para que la ayudara a colocar en su cuarto unas cortinas nuevas que acababa de comprar.

Ella era una mujer muy joven y hermosa. Siempre usaba un peinado al estilo Marilyn Monroe, --esa era la época.-- Para ese momento a su escultural cuerpo solo lo cubría una bata transparente que dejaba ver el color del blúmer. De sostén, nada que cubriera esa parte bella de la hembra. El jardinero entró con mucha pena y temor. Las piernas le temblaban como “pollo con moquillo”, pensando que en cualquier momento podía llegar el gerente y lo encontraría dentro de su casa y podía creer cosas que estaban muy lejos de su mente. Él cumplió con el llamado de la dama y pasó hasta el cuarto matrimonial. Quedó deslumbrado. Nunca había visto tanto lujo y confort en una habitación. La que él tenía en el campo era de bahareque y en su interior solo disponía de un chinchorrito viejo y un taburete.

Una vez dentro de la habitación, agarró la cortina por un extremo y la norteamericana la agarró por el otro. A la señora se le volteó la butaca en la que estaba parada, trastabilló y por poco cae al suelo. Él se asustó y fue en su ayuda para sostenerla. Ella se acostó boca arriba en la cama y le dijo que estaba bien, que no se preocupara. Él continuó cumpliendo con su trabajo, pero muy nervioso. La señora se daba vueltas en la cama y eso lo preocupaba más.

Después de haber terminado de colocar la cortina, salió al jardín a continuar su trabajo inconcluso. La dama le pidió temprano que le cortara de raíz un cují inmenso que estaba en el patio; trato extra que Adolfo aceptó. A las cuatro de la tarde al terminar su jornada laboral, se le veía extenuado por la cantidad de fuerza bruta que utilizó con el hacha para eliminar el indefenso cují. Tocó el timbre. Seguidamente salió ella ya con el dinero en mano para pagarle su trabajo. Le dijo esto, en un tono no muy agradable: ¡Aquí tiene el dinero, producto de su trabajo! Pero me va a hacer un favor. No lo quiero ver más llegar a mi casa en solicitud de trabajo. Él agarró su paga, se despidió de ella y empezó a caminar lentamente viendo el horizonte. Su cabeza era un torbellino. No entendía el porqué de aquella sugerencia tan radical. ¿Qué hizo mal que a ella no

le gustó? Enseguida se le iluminó la testa. Lo de la cortina; la caída de ella desde el taburete, era solo un pretexto para que él estuviera en su cuarto... y por ese mandamiento de la Ley de Dios, de no desear la mujer del prójimo, él no actuó. Solo le quedó exclamar: ¡Yo si soy pendejo!

X LA URNA LE QUEDÓ CHIQUITA

En “A aquella Paraguaná”, como tituló Alí Brett Martínez, uno de sus libros, discurrían los años de pobreza material, más no así espiritual ni hospitalaria. Porque si en algo es rico el paraguano, es su hospitalidad. Sus habitantes, al igual que en otras partes del país, morían de hambre, tuberculosis, malaria y otras enfermedades que para la época los científicos no habían descubierto los medicamentos para curarlas e inclusive que las erradicaran. Y si existían, a Paraguaná no habían llegado todavía.

Cuando moría alguien en el vecindario, mientras las mujeres hacían algún rezo, los hombres salían en busca de tablas en las casas que componían la comarca o de un buen árbol cuya madera les sirviera para la elaboración del ataúd donde sería colocado el difunto para su viaje a la eternidad; si es que se la había ganado. Con uno de esos difuntos, sucedió que el aprendiz de carpintería que se ofreció para hacer el ataúd, era su compadre y quería hacerle un regalo que le durara por lo menos el tiempo que iba a estar por allá, tomó mal la medida del fallecido, que era un hombre corpulento, de 1.80 metros de estatura, aproximadamente.

Al tratar entre varios de los presentes en el velorio, de colocarlo en el ataúd ya acabado, resultó que los pies le quedaron fuera de éste. Seguidamente pidió le pasaran un martillo. Sus deudos pensaron que iba a desclavar la urna para agrandarla. Pues no, los presentes quedaron atónitos cuando agarró el martillo y le propinó tremendo martillazo en cada una de las rodillas y las dobló para adentro del sarcófago y exclamó: ¡Para lo que va a caminar él!

XI AMBROSIO



Ambrosio era un personaje inofensivo, de contextura fuerte, de aproximadamente 1.80 metros de estatura. Lo acompañaba un padecimiento mental. En los años sesenta y entrados los setenta, después de llegar procedente de Charaima, caserío perteneciente al Municipio Falcón, se residenció en el Barrio Nuevo Pueblo. Después llegó a Caja de Agua y en un terreno desocupado construyó un rancho de desechos de zinc, madera y cartón, y sus compañeros de infortunio eran una manada de perros que iban detrás de él. Ya estaban en construcción las Urbanizaciones Santa Fe y Casacoima en Punto Fijo y el Transporte “Salas” quedaba en el lado

Oeste a escasos metros del rancho.

Usaba una carretilla de madera en la cual salía a vender frutas; entre ellas, cambur. La gente le compraba, a pesar de su aspecto harapiento. Cargaba guindando muchos collares, potes, pocillos, cantimploras, anillos y “condecoraciones”. Usaba som-

brero de paja de ala ancha. Su cuerpo, ropa, zapatos y sombrero estaban totalmente sucios. Usaba cabello largo y apelmazado de sucio. Uno pudiera pensar que nunca supo lo que era un “champú”. Sus uñas eran largas y no les cabía más mugre. Jamás se hizo un pediquiur.

A veces los muchachos se metían con él, pero en respuesta, murmuraba algunas palabras indescifrables ya que se hacían inaudibles. De ahí no pasaba. Una noche estando ya durmiendo en su rancho por los años setenta, fue víctima de la delincuencia. La cosa de la delincuencia no es de ahorita. Ustedes dirán amigos lectores, y qué le podían haber robado a este ser indigente. Pues sí, le robaron unos potes llenos de dinero que era el producto de su trabajo diario, porque ese ser humano indefenso y de salud quebrantada, trabajaba para ganarse el sustento diario. Algunas familias vecinas le suministraban platos de comida.

El hombre opuso resistencia a sus agresores. Eran dos adolescentes que él conocía. Lo golpearon fuertemente en la cabeza, hecho que ameritó llevarlo al antiguo Centro de Salud Doctor “Carlos Diez del Siervo” donde lo atendieron de emergencia y por la gravedad de la lesión lo trasladaron con la urgencia del caso al Hospital General de Coro, Doctor Alfredo Van Grieken. Allí a las enfermeras de turno les tocó un trabajito nada agradable: bañarlo muy bien, rasurarlo totalmente para evitar una eventual infección. Esa misión la lograron las abnegadas servidoras públicas.

El hombre quedó nuevecito, con su lavado y engrase; y hasta champú le echaron, todo ese servicio sin pagar un céntimo. Las que quedaron extenuadas fueron las señoras de blanco. El penco quedó irreconocible, al extremo que cuando llegó la comisión de la PTJ para indagar sobre lo sucedido, no querían creer que ese era el ciudadano que ellos vieron en el centro de salud, la noche del robo. Los sabuesos del referido cuerpo de investigación, lograron tomarle la declaración por escrito donde detalló cómo sucedió el hecho y describió los rasgos fisonómicos de los mozalbetes autores del hecho; inclusive, ubicación de la residencia de estos en el barrio Bella Vista, y dijo hasta quiénes eran los padres de los malhechores.

Los investigadores, con la información recabada, regresaron

a Punto Fijo y en tiempo “record”, lograron apresar a los transgresores de la ley y recuperar parte del dinero robado a este indefenso hombre. Por haber resultado ser adolescentes, fueron remitidos al Albergue de Menores en la ciudad de Coro, para que pagaran por la falta cometida. Recordemos que los menores que delinquen no cometen delitos sino faltas; así hayan asesinado a más de un ciudadano en este planeta tierra.

Es de resaltar, que una de las familias que vivían para la época en la calle Ecuador de Caja de Agua, frente al rancho de Ambrosio, era la profesora Mercedes Campos de Zavala, quien por muchos años se desempeñó como Directora del Colegio Alejandro Ibarra de la zona. Ella le tenía mucho cariño a Ambrosio. Era una de las que le suministraba alimentos. Cuando éste estuvo hospitalizado en Coro, viajó hasta allá y le llevó ropa nueva y usada – ésta última, en muy buen estado-. El día que fue dado de alta salió vestido impecablemente, calzando unos zapatos deportivos de “marca” y la cabeza al rape. Parecía aquel actor de cine y televisión griego llamado Telly Savalas, mejor conocido como “Kojac”. Muchas de las enfermeras lloraron al ver aquel milagro del cual habían sido partícipes sin proponérselo.

La Profesora Mercedes Campos de Zavala y otros moradores del sector, le habían acondicionado a Ambrosio aquel destartado rancho, en algo más confortable, para cuando llegara de su pasantía en el Hospital de Coro y su convalecencia no sufriera alteraciones por alguna infección en la herida sufrida en su cabeza. En la barriada se comentaba con insistencia la metamorfosis que había sufrido Ambrosio a raíz de su percance a manos del hampa. Pues, les digo una cosa, esa alegría en el poblado duró muy poco. Ambrosio volvió a sus andanzas de siempre. No se bañó más, la ropa no se la cambió tampoco, el pelo y la barba crecieron más y jamás su cuerpo supo de limpieza. Un buen día, para sorpresa de sus vecinos, tomó su sombrero y carretilla y se metió en el personaje que siempre encarnó y empezó a deambular por las calles ofreciendo sus productos que era lo que más sabía hacer. De este personaje se dice que cuando residía en Nuevo Pueblo, un fin de semana armó tremendo zafarrancho, que cuatro policías que trataron de someterlo por la fuerza, sufrieron todos los embates de la fuerza bruta que poseía este ciudadano.

XII HOMENAJE A RAFAEL SÁNCHEZ LÓPEZ "RAFUCHE"



Retrato de Rafuche, según el creyón del Prof., Periodista y Pintor Tarsicio Almeida.

En estas cortas líneas he querido dejar plasmado un pequeño homenaje recordatorio, sin duda alguna, al más universal de los músicos falconianos, con quien considero, las instituciones encargadas de exaltar los valores regionales, están en deuda todavía con su obra; debido a que no se le ha dado la importancia trascendental que un ser humano, músico, poeta, cultor y educador como lo fue Rafael Sánchez López (Rafuche); quien traspasó las fronteras patrias con su inmortal vals "Sombra en los Médanos", considerado por los falconianos que apreciamos su obra musical, como

el segundo Himno Regional del Estado Falcón. Al extremo tal, que de tantas orquestas que se han formado en el Estado, dentro del Sistema Nacional de Orquestas, Infantiles y Juveniles, ninguna al día de hoy, lleva su nombre.

Junto a sus dotes de músico y poeta, a los diecisiete (17) años se inició como maestro de escuela en su lar nativo, donde fundó un colegio particular (Privado). Fue un abnegado educador. Se caracterizó además, por buscar mejoras para el estudiantado. Con sus luchas gremiales logró un Edificio Escolar donde se ubicaron los alumnos que estaban repartidos en

varias casonas del pueblo donde escuchaban sus clases. Fundó un Ropero Escolar sostenido por maestros con colaboración de elementos progresistas de aquel pueblo, con la finalidad de satisfacer las necesidades de los muchachos que sufrían desnudez y por ello no asistían a sus labores escolares.

El “Rafuche” músico, poeta y cantante, fundó el Conjunto Musical “Sexteto Veleño”, del cual fue su director, y lo formaban los músicos veleños: Luis Rafael Reyes, Luis Alfonso Zavala, Francisco González Sánchez, Ramón Guanipa y David Figueroa. Con dicho sexteto tuvo destacadas actuaciones en Radio Coro, Radio Puerto Cabello, la Voz de Carabobo y otras de la capital de la república, donde se supo ganar el aplauso, la admiración y respeto del público asistente.

El Profesor Luis Arturo Domínguez, dijo del “Rafuche” compositor, lo siguiente: “(..) tocaba el guitarrón con singular maestría. Compuso vales, merengues, boleros y canciones que él mismo interpretaba en sus giras artísticas o en sus momentos de farra. Sus composiciones siempre tuvieron un origen sentimental y los motivos fueron vividos por él mismo. No conoció la técnica del arte de los sonidos. Sus piezas las compuso únicamente por su fino oído musical y su emotiva inspiración poética. (...) en sus instantes de inspiración se sentía poseído de una inquietud dolorosa y de un deseo infinito de soledad, situaciones anímicas que marcadamente observamos en sus mejores composiciones musicales.

En el vals “Sombra en los Médanos”, desde la construcción lírica, contemplamos paisajes nativos que el maestro decoró con su refinada sensibilidad y las angustias de su sentimiento profundo y complejo. En la composición va plasmando un exquisito poema de cuatro estrofas, digno de figuración en nuestras antologías líricas; es fiel expresión de emotividad y posee un inconfundible sabor nativista. En cuanto a la música, la melodía espontánea y hondamente expresiva produce gratísima sensación y activa la sensibilidad de quien la escucha. Parece expresarse en ella un lamento de amor; entre las consejas que corren sobre el motivo que dio vida a dicha composición, se susurra el dolor de un amor contrariado. La historia de este afecto es un eco romántico; Sánchez López amó con todo su

ser a una de sus antiguas alumnas.”

Sombra en los médanos

Bajo el claror de la luna,
sobre las tibias arenas
y entre cardones y tunas
un chuchube modula un cantar...

De otro distante paisaje
surge un concierto de besos:
es la mar que con su oleaje
viene la playa a besar.

Los cujíes lloran el dolor
de mi vida mustia de esperar
las caricias de un lejano amor
que ha sembrado mi peregrinar.

Y en la ruta que marca el destino
sobre las arenas que esperan camino...
dolorosamente se alarga mi sombra
sobre el medanal.

Así mismo composiciones como “Crepúsculo coriano”, “Estampa matinal”, “Noche azul”, “Crisol de amor” y “Tejiendo”; entre otras, han sido interpretadas, grabadas y convertidas en éxitos musicales, como es el caso del bolero “Tejiendo” interpretado por otro bardo de la cantata criolla, el también falconiano Tino Rodríguez, quien lo grabó en la década de los años sesenta del siglo XX con la Orquesta “El Súper Combo Los Tropicales”, y resultó todo un acontecimiento de la discografía nacional.

Tejiendo (Bolero)

Yo alimenté un recuerdo y con hilos de luna
tejí una red plateada en la que aprisioné,

al ideal sublime, que en mi vivir bullía
y que plasmé en silencio en la plateada red.

Amor surgió en pañales balbuciendo impaciente
su canción fresca y pálida al sublime ideal,
La red volcó su gasa sobre nuestras dos almas
y aprisionó en sus hilos, mi trunca libertad.

Entre redes la vida se nos hizo exquisita,
prisioneros forjamos un amor tan tenaz
que a pesar del impulso del destino inclemente
fue tomando más cuerpo, compactándose más.

Horadarlo quisieron más en vano intentaron
resquebrajar la mole que el tiempo acrisoló
por ello es que tejiendo esos hilos de luna
treparemos la escala que nos tendió el amor.

Los padres de aquella joven, nunca estuvieron de acuerdo con el idilio entre el maestro y su alumna, así que optaron por enviarla a la Capital de la República, Caracas, donde fue internada en un colegio. Dicha partida hizo que el poeta, no encontrara explicación alguna el por qué los progenitores de ésta, se oponían a esa relación sentimental. Al correr del tiempo y caído en la bohemia, viaja a Caracas y logra conversar con su adorada. Hablan de la turbulencia en que se encuentran sus relaciones y ésta le manifiesta que a pesar de todos los conflictos familiares, sus sueños se convertirán en realidad. A los pocos meses de aquel encuentro la joven regresó al Puerto de La Vela y por fin sus padres medio aceptaron aquella relación. Entonces convinieron fijar el cruce de aros para el 24 de diciembre de ese año, 1946. Pero surgió algo inesperado en los primeros días de ese mes. El padre de una muchacha, presumiblemente seducida por “Rafuche”, lo llamó a juicio para que arreglara la afrenta de haberla embarazado, lo antes posible.

Este nuevo episodio en la vida sentimental del poeta, lo desmoraliza, a tal punto que se refugia nuevamente en la bo-

hemia y su guitarra. Se le ve con frecuencia a la orilla del mar y su estado anímico es bastante precario. Toda esta situación en la que se vio envuelto el excelso compositor de “Sombra en los médanos”, hace presumir que, se encontró como en un callejón sin salida. Estando en un botiquín de esa población en compañía de amigos, entre ellos un médico y un abogado que habían llegado de Caracas y andaban con el hermano de su amada, querían conocerlo. Fue al urinario, vertió una sustancia en su vaso de cerveza, regresó al sitio de la reunión e invitó a sus compañeros a brindar, diciéndoles: ¡Brindemos, señores... Este año se nos va y algo se está muriendo con él! Consumió todo el líquido del vaso, enmudeció, echó espuma por la boca, convulsionó y cayó muerto en los brazos del médico que estaba sentado junto a él, éste lo examinó y apesadumbrado manifestó a los presentes, que su compañero se había envenenado con cianuro de potasio. Este ilustre músico y poeta falconiano, nació en la Vela de Coro el 3 de junio de 1916 y se marchó la madrugada del 16 de diciembre de 1946, a escasos 30 años de una vida fructífera y apasionada que vivió junto a su inseparable guitarra, que fue testigo de sus triunfos y amoríos. Fueron sus padres: Jesús Sánchez Quero y Nicolasa López de Sánchez.

Esta es una recopilación del libro “RAFUCHE” de 1976, de la autoría de Domingo Leal Sánchez.

XIII MELECIO SIERRALTA

Este buen hombre nació en La Rinconada de Santa Ana, tuvo no menos de doce hijos se caracterizó por ser un hombre amable, siempre con una décima, un chiste o un cuento a flor de labio inventados por él, para deleite de quienes tenían la dicha de topárselo en su camino. Cuando iba a Caja de Agua, una de sus visitas obligadas era a nuestra casa en la Calle Comercio N° 34, donde hacía un dúo perfecto con mi padre Chindo Bracho. Eso era un contrapunteo entre los dos recordando anécdotas, inventando cuentos, mentiras y pare usted de contar. Recuerdo que los vecinos, Pedro Reyes, Venturita, Esteban, Gregorio y Andrés Valles, Francisco, Oswaldo, Argenis Colina, --mis hermanos,-- y quien escribe, nos deleitábamos con las ocurrencias de estos dos seres. Decía Don Melecio, que en una oportunidad un amigo musiú le preguntó cómo hizo él para levantar esa prole en los años 30 y 40 cuando había tanta precariedad económica en la Península. Recordemos que era totalmente rural. Las empresas Shell y Creole llegaron en esta última década, la primera fue inaugurada en 1949 y la segunda en 1950. La Mene Grande ya se había establecido desde 1924.

Éste le respondió: que había criado a sus hijos con rayitos de sol y traguitos de café negro acompañados a veces con algún pedazo de arepa del día o del día anterior. Por lo que su interlocutor volvió a indagar. ¿Y por qué los rayos de sol? Porque mi casita era de bahareque con techo de barro. Por esa condición había muchos huecos en el techo y por ahí penetraban los rayos solares.

Con esta explicación quedó respondida la interrogante del musiú.

XIV POR CULPA DEL AGUARDIENTE

Una mañana, Don Melecio Sierralta salió desde La Rinconada de Santa Ana, para La Costa (Así se le decía a esa parte de la ciudad hasta que se empezó a llamar después “Punto Fijo”), con el propósito de vender un chivito entre sus amigos, que era de su esposa y había sacrificado para hacer un dinerito y poder llevar el bastimento a los muchachos.

Cuenta que a eso de las dos de la tarde estaba en la improvisada parada cerca del Cine Valles, en la calle Falcón con Colombia, con el propósito de regresar a casa. Ya había hecho la diligencia de vender el chivo. Aprovechó de comprar entre otras cosas, una caja de jabón y un sartén que le encargó su consorte. Pasaron tres amigos en un carro y lo invitaron a que se fuera con ellos. Esa fue la perdición. Se pararon en el Bar “Los Arcos” en el Cardón. Es de hacer notar que este bar era de un norteamericano que trabajó con la Creole. Se quedó en Paraguaná y montó ese negocio con bellas damas que lo atendían.

Es el caso que Melecio y sus amigos empezaron a empinar el codo. Eso era cerveza y Rockola por cuenta de ellos. La música interpretada por Daniel Santos, Leo Marini, Toña La Negra y Lorenzo Herrera; entre otros, alegraba el momento. Cada vez que sonaba una melodía, Melecio muy alegre le daba con sus dedos índices a la mesa, la cual utilizaba como timbales para acompañar la melodía. La mesonera de inmediato ponía otro servicio. Los demás veían para los lados buscando a ver quién había mandado esa ronda.

Así transcurrió la tertulia. Después se dieron cuenta que era Melecio el causante de tantas cervezas consumidas. La mesonera creía que estaba pidiendo más espumosas. La cuenta fue regular a pesar de que para esa época la cerveza costaba 0,50 céntimos de bolívar; un real pues. Melecio llegó a su casa

muy de noche y bastante borracho, sin el chivo, sin la caja de jabón, sin el sartén y otros cosas que había comprado para comer. Obviamente, también llegó sin dinero, por lo que la señora reaccionó muy disgustada al verlo así. Lo que dio pie a que Melecio le respondiera con un verso. La señora también improvisaba y esto fue lo que se dijeron:

Por culpa del aguardiente,
me rasqué y no supe con quién
perdí una caja e' jabón
y un precioso sartén.

Él de inmediato le echó mano a ella para agarrarle sus genitales, por lo que muy furiosa, le respondió:

¿Qué te pasa Melecio? Estás muy vivo
anda a que te “lamba” un sapo
que yo te vaya a dar mi papo
pa' que me pagues el chivo...

XV FAUSTINO GARCÍA

Oriundo del Estado Trujillo, hombre de baja estatura, de pasos muy lentos, sin familia conocida, muy joven llegó a Adaure a principios de 1940 acompañado de mi tío Agustín Colina, quien por cuestiones de trabajo había emigrado como tantos falconianos al Estado Zulia. Éste residía en el Central Venezuela. Allí se conocieron e hicieron muy buena amistad. Contaba Faustino que un día se fugó de su casa huyéndole a los maltratos que le daba su padre. Como andino al fin y a pesar de esa situación por la que pasó en su niñez, era un hombre sin rencores, sin malas intenciones y amable.

Agustín Colina regresó al Zulia y Faustino se quedó en Adaure prendado del amor de mi tía Juanita; al poco tiempo contrajeron nupcias y poco a poco fueron llegando los hijos: Orlando, Juvenal, Marina, Rosa y Reynaldo, todos ellos nacidos en la humilde casa que habitaban cerca de la Bodega de Antonio Amaya que después a mediados de la década de los años cincuenta le fue anexado un Cine, y ayudados a llegar a este mundo de las manos de mi abuela Rumalda Colina, que sirvió de comadrona como en tantos otros alumbramientos en el vecindario.

Eran tiempos difíciles, no habían Ambulatorios, ni CDI, CRI o CAT y mucho menos un hospital, como los tenemos ahora. Los médicos más cerca estaban en Buena Vista y Pueblo Nuevo y había que irlos a buscar en lomo de bestias o burros. Cada vez que uno de estos niños o niñas llegaban a este espacio terrenal, mi abuela Rumalda Colina, progenitora de Juanita, pasaba por momentos muy amargos, porque Juanita entraba con los dolores propios del parto y había que buscar al médico y Faustino, era de temperamento taciturno y no sabía andar en el lomo de esos animales. Ella lo obligaba a que saliera urgente en busca del médico. La mayoría de esos

alumbramientos se dieron en plenos aguaceros; en esa década llovía mucho en la Península y los campesinos sembraban y cosechaban muchos granos (caraotas, tapirama, quinchoncho, frijoles), auyamas, melones y patillas. Es ahora que con el recalentamiento global como se dice hoy día, no llueve o llueve cada vez menos.

Faustino se paseaba por toda la casa paso a paso frotándose las manos y rezongando; esperando a que escampara para ir a pie a buscar al médico. Cuando éste llegaba al cabo de unas cuantas horas, si es que lo encontraba, ya mi abuela había recibido a ese nuevo ser. Había hecho el trabajo de partera, cortado el cordón umbilical, extraído la placenta y enterrada ésta en el patio de la casa.

En la década de los años cuarenta del siglo pasado, llegaron a Paraguaná los primeros camiones de madera y latón, así como camiones de baranda —de estaca— que fueron utilizados para el transporte de pasajeros a varios sitios de la Península. Posteriormente, llegaron las camionetas Pick-Up a las que se les adaptó un toldo de madera y lona y le colocaron bancos de madera. Este tipo de transporte se extendió hasta los años cincuenta, sesenta y todavía en los setenta se veían por ahí.

Los choferes de esos vehículos que cubrían la ruta Adaure y lugares circunvecinos hasta La Costa y viceversa nos relata Francisco Colina en su libro “Memorias del Cuenta Cuentos” (2007) (Pág. 25) eran: Juan Ramón “Chomón” Quintero, Narciso Arévalo, Rafael Goitía, Rómulo “El Gallo” Lugo, Adán Bracho, Carlos Pitter, Leonidas Aular, Rito y Cheche Molina, Cruz Molina, Paco Salgueiro, Virgilio Lugo, Diego Lugo, Esteban Morales, Leoncio Álvarez, Leonidas Guanipa, Felipe Jiménez (Felipito), Rafael Zambrano, Salvador Chirinos (El Catire) y Venancio Ortúñez. A finales del año 2010 se nos fue Salvador Chirinos (El Catire), en febrero de 2011 Leonidas Guanipa, y Venancio Ortúñez en 2017, desapareciendo así tres más de los sobrevivientes de estos ases del volante en Paraguaná.

Se puede decir entonces, que estos titanes de las veredas peninsulares fueron los constructores primogénitos de lo que ahora son muchas de ellas, carreteras, calles, avenidas y auto-

pistas por las cuales nos podemos desplazar sin mayores contratiempos hoy día. Pero vamos a ubicarnos específicamente en la década de los cincuenta, que es la etapa que nos ocupa para proseguir este relato. Resulta que Faustino, se levantaba desde las tres de la mañana que era cuando estos abnegados servidores del incipiente transporte público en la Península empezaban a transitar esas veredas polvorientas y oscuras en busca de sus asiduos clientes para llevarlos a La Costa. Esa era otra tortura para su suegra Rumalda, al ver a lo lejos por allá por La Montaña --ahora La Montañita)-- unas luces del primer camión que se disponía a pasar dentro de muy poco tiempo cerca de la casa de Faustino, ella lo alertaba: Faustino ahí viene el camión, éste le contestaba: ese es Esteban Morales y a él le debo dos pasajes. Es menester hacer notar que el pasaje costaba un bolívar, pero era difícil conseguirlo. Pasaban unos minutos y volvía Rumalda con el aviso: Ahí viene otro de los camiones, y Faustino contestaba nuevamente: Ese es Leoncio Álvarez y le debo tres pasajes y continuaba frotándose las manos.

Tanto Juanita como Rumalda, con su arenga para que saliera a trabajar, hacían que la casa se convirtiera en una gallera. Ellas hablaban y él rezongaba y no había manera de que saliera a tomar el transporte que lo llevaría a La Costa a vender polos o cepillados, que era su trabajo habitual. Luego, ya la mayoría de los días no viajaba porque a todos los conductores les debía varios pasajes. A principios de 1960, junto a mis tíos Adán y Món Colina fue de los primeros pobladores --por invasión-- de lo que en sus inicios se llamó Barrio Ajuro hoy día Barrio Bolívar y el Barrio 23 de Enero, no sin antes haber estado estos dos últimos, detenidos en varias ocasiones en "El Rastrillo" (calabzo) de Carirubana, por estar construyendo sus "casitas" en esos terrenos. Los tres lograron su cometido de construir sus viviendas a pesar de tanta persecución policial. Así transcurrió la vida de este apacible ciudadano andino que Adaure cobijó; quien a nadie ofendió, a nadie hirió con su palabra y que se durmió en la paz del señor en el Sector Nuevo Pueblo Sur de.

XVI ÁNGEL DÍAZ

Residenciado en la Calle Comercio de Caja de Agua, de rasgos indígenas por ser descendiente de los Indios de Moruy, padre de una familia numerosa, este hombre de trato amable, de poco hablar y casi dos metros de estatura, vestía todo el tiempo impecablemente de Liquilique blanco y alpargatas de suela. En su casa de habitación tenía una bodega donde también vendía cemento, el cual tenía precio de cuatro bolívares con cincuenta céntimos (Bs. 4,50). Cuando alguien le compraba un saco de cemento, él le cobraba 50 céntimos más. Cuando el cliente le preguntaba por qué se lo vendía a ese precio, él alegaba que eran los cincuenta céntimos que iba a pagar por el pasaje si lo fuera a comprar a Punto Fijo en la Ferretería Batista Hermanos.

Es de resaltar que el pasaje costaba 0,25 céntimos de bolívar lo que comúnmente le conocíamos como “medio” y eso era lo que cobraban en los buses de la Línea Azul y Transporte Arévalo, que cubrían la ruta Punto Fijo, Caja de Agua, Judibana, y viceversa. --A este último destino se pagaba un real.-- Eran las décadas de los años 50 y 60. Estas líneas de transporte público se mantuvieron en esa ruta hasta principios de los años ochenta. De Ángel se dice que era prestamista y tenía varias casitas en Caja de Agua, las cuales alquilaba con mucha frecuencia a mujeres que trabajaban en los bares de esa barriada. En una oportunidad una de ellas estaba morosa con varios meses de alquiler y él fue esperanzado a que le pagara por lo menos una parte de la deuda.

Ella al ver que era Ángel el que tocaba su puerta, corrió y se puso un vestido escotado, muy corto y transparente, y salió a recibirlo. No había necesidad que él dijera a qué iba, ella lo

sabía suficientemente, y de seguida le manifestó que todavía no tenía el dinero para pagarle la deuda; pero inmediatamente y con unos gestos muy sexy le dijo que esa deuda la podía saldar de otra forma insinuándosele sutilmente y sensualmente. Ante esos devaneos, él le respondió sin inmutarse: ¡No mija! Yo tengo uno de esos allá en mi casa y tengo mucho tiempo que no lo uso.

XVII EDUARD SHORT (EL CHIVÚ)

Este ciudadano llegó a Caja de Agua presumiblemente entre los años 1940 o 1950, venido de tierras lejanas. Hombre de tez blanca, pelo y barba rojiza, corpulento, casi nunca sonreía, siempre vestido al estilo texano, pero con un corazón noble ganado junto a su Señora Guillermina, para las nobles causas que pueda desarrollar un ser humano. Desde entonces estableció una chivera frente al Aeropuerto de Las Piedras, en cuyos terrenos está enclavada actualmente la Urbanización Antiguo Aeropuerto. Esta chivera estaba atestada de carros viejos de muchos modelos y años; allí se daban cita muchas de las personas que necesitaban un repuesto para su cacharro.

Era difícil que el que llegara a buscar ese repuesto o parte de la latonería para su carro, no lo encontrara. Generalmente el cliente se llevaba lo que había ido a buscar con dinero, “fiao” o simplemente regalado; si no tenía dinero para comprarlo. Así era Don Eduardo como se le conocía cariñosamente. La “cuña” que tenía todos los domingos en el Programa Publicidad Horizonte de Jesús “Chucho” Pelayo de talento en vivo por Ondas del Caribe, terminaba así: “Si no lo tiene El Chivú, no lo busque en otra parte.”

De este noble ciudadano surgió un chiste, aunque quizá haya otros por ahí. Pero el que se quedó grabado en mi mente para siempre, fue éste:

Uno de los asiduos visitantes a esa chivera era “Cheche” Molina. Era un hombre nacido en Adaure, gordo, cabezón y siempre andaba en un Jeep Willy descapotado. Una característica de “Cheche” era que siempre andaba silbando y lo hacía muy fuerte. Uno captaba a distancia que venía “Cheche” porque primero escuchaba su silbido antes que el sonido del motor del Jeep.

Una mañana llegó “Cheche” a la chivera y entra en con-

versación con Don Eduardo, cuando están en franca conversación, llegó un amigo de Cheche que venía de Adaure, lo saludó y a la vez le dice que su mamá le envió saludos, por lo que Don Eduardo al oír aquello, preguntó: ¿Usted tener mamá viva? A lo que “Cheche” respondió afirmativamente. Entonces fue cuando Don Eduardo le dijo: “Yo no creer usted tener mamá viva.” ¿Por qué Don Eduardo? Le inquirió Cheche, y éste le respondió: “Yo no creer que por dónde pasó esa cabeza tan grande haya quedado madre viva”.

XVIII

BAR EL EDÉN

Para hablar del Bar “El Edén” de Caja de Agua, debo mencionar a su propietario José Cupertino Mendoza, un portugués llegado a estas tierras paraguayanas con muchas ganas de trabajar. Este bar estaba situado en la calle Comercio entre Libertad y Monagas; él era de hablar poco entendible, comerciante y constructor, con su esfuerzo y el de su familia, Antonio y María, --sus hijos-- y su señora esposa María, erigió varios edificios y casas comerciales; todos con mucha prosperidad. Este bar de medias puertas batientes, --tipo cantinas mejicanas,-- lo conocí desde finales de los años cincuenta, ya que mi padre Chindo Bracho compró una casa diagonal al mismo, signada con el N° 34. Cuando digo lo conocí es solamente su fachada, ya que por ser menor de edad no se nos permitía entrar a su interior. Desde mi casa escuchábamos las tertulias de sus asiduos visitantes, a veces subidas de tono, quizás por el efecto de las espumosas que para la época costaban 0,50 céntimos de Bolívar.

En la Rockola se escuchaban los cantantes de moda: Rolando la Serie con “El Guapachoso”, Pedro Infante con “Deja que salga la Luna”, Jorge Negrete con “México lindo y querido”, Lucha Villa con “Cuando vivas conmigo”, José Alfredo Jiménez con “Amanecí en tus brazos”, Panchito Riset con “Te odio y te quiero”, Alfredo Sadel y su interpretación de “Desesperanza”; Adilia Castillo con su “Golpe Tocuyano”, Edith Salcedo con los Hermanos Aparicio, Estelita del Llano y su “Cataclismo”, Celio González con “Amigo de qué”, Bienvenido Granda con “Angustia”, El Trío Los Panchos y su bello bolero “Rayito de Luna”, Daniel Santos cantando “Linda”, Julio Jaramillo y “No me toques ese Vals”, Lola Beltrán

entonando “Currucucú paloma”, El Trío Venezuela con su “Magia Blanca”, Joselito y “La Malagueña”, Pedrito Rico con “Mi Escapulario”, Los Churumbeles de España y sus “Doce Cascabeles”, Juan Vicente Torrealba y sus Torrealberos y la inolvidable “Concierto en la Llanura”, Gabriel Raymont luciéndose con “Alma negra”, Olímpto Cárdenas haciendo “Tú duda y la mía”, las Orquestas Los Melódicos y Billo’s Caracas Boys, Noel Petro y su “Cabeza de hacha”, Carlos Argentino y “Lamento náufrago”; entre otros, cuyas canciones ya no se escuchan en la radio.

Los fines de semana no había necesidad de asistir a ninguna pelea de boxeo en cualquier lugar donde montaran el cuadrilátero, --que casi siempre era Isidro Rodríguez quien lo instalaba, por haber sido boxeador.-- Ya que viernes, sábado o domingo, después de las tres de la tarde, era casi seguro que se presentara una discusión en el interior del bar y que a la final, terminaba en pelea en plena calle Comercio, donde intervenían hasta ocho personas dándose golpes y hasta causándose heridas graves, y con los vecinos como espectadores de aquel deprimente espectáculo.

En una oportunidad hubo una trifulca descomunal, donde un ex-recluso de las Colonias Móviles de El Dorado en el estado Bolívar, a quien apodaban “El Chure”, tuvo que lidiar en plena calle con no menos de seis hombres tan fornidos como él --lo cual era bastante decir-- ya que este personaje tenía un cuerpo musculoso y tatuado, que parecía un Charles Atlas, --físico culturista de moda para la época.--

Esa riña fue tan impresionante para los que tuvimos no sé si la dicha o la desgracia de presenciarla, que veíamos cómo aquel ex-recluso esperaba a cada contrincante, lo agarraba por el cuello, le daba tremendo derechazo en la cara, medio flexionaba su descomunal cuerpo y lo pasaba por encima de él, e iban a caer a la jardinería de la casa de enfrente donde él estaba apoyado.

Así dominó por NK a Tamacún, a Frenos de Aire, a El Tuqueque y otros que escapan de mi mente. Todo llegó a su fin cuando se presentó una comisión de la Guardia Nacional del Destacamento 34 hoy día 44, a bordo de un microbús y no menos de 12 efectivos comandados por el Sargento Francisco Díaz, que a fuerza de plan con las peñillas que portaban, pudieron someter a los que estaban alterando el orden público. Todo ese espectáculo sin pagar un centavo. Las damas que atendían en las mesas, usaban faldas muy cortas y medias tobilleras. En la cabeza casi siempre llevaban un lazo multicolor. Les estaba prohibido permanecer paradas en la puerta, esto porque si llegaba la policía y las encontraba ahí, les expedían una multa a quien estaba regentando el bar en ese momento.

Los tiempos han cambiado y mucho, ahora las bebidas alcohólicas se consumen en plena calle, a la vista de las autoridades encargadas de hacer cumplir la Ley. Hoy en día, en muchas casas se expenden sin el debido permiso y con el argumento de que la vida está difícil y hay que “ayudarse con algo”, como si fuera poco el que carga un vehículo, lo llena de cervezas, licor, y se para en la vía o plazas que le vengan en gana, enciende su equipo de sonido con muchas cornetas y le da todo los decibeles que su pobre personalidad representa para escuchar su música basura y todo el irrespeto a su semejantes y parece que dijeran: ¡Aquí mando yo! ¿Y las autoridades? Muy bien, gracias.

XIX LA NEGRITA “YIYA”

EDILIA RAMONA POLANCO BUSTILLOS, era una jovencita que habitaba diagonal al Bar El Edén, en la calle Comercio de Caja de Agua, junto a su mamá y sus hermanas, en unas habitaciones que eran propiedad del Señor Avelino García. Esta alma inofensiva, con un problema motríz, causado por una fiebre alta que quizás no se atendió a tiempo cuando apenas contaba con 14 años de edad, que le impedía caminar normalmente y con dificultad para hablar, siempre de camisión y alpargatas y su sonrisa amplia e inocente, entraba a los bares como un ventarrón pidiendo una locha, que es el equivalente a 12 céntimos y medio de bolívar. Había prohibición de la entrada de menores a esos establecimientos, pero eso no era obstáculo para ella, --igual entraba.-- Para principios de la década de los años 60, no eran pocos los bares existentes en esa localidad. Podemos mencionar algunos de la Calle Comercio, por Ej. El Edén, Mi Propio Esfuerzo, Caja de Agua, El Mirador, Mi Cabaña, después se llamó Babandí, Rancho Polar, Gregori, después pasó a llamarse Cesar Palace, Santa Ana, Comercio. Pero solo frecuentaba los más cercanos a su casa.

En una de esas tardes noche, ella entró al bar El Edén, visitando las mesas donde estaban los contertulios degustando su Cerveza Zulia, Regional o Polar, o un escocés bien cargado, --como de costumbre pidiendo le dieran una locha.-- Después de la colecta se fue a uno de los sanitarios donde ella vio que entró un negro trinitario que media como dos metro de estatura, al verlo con su órgano viril entre las manos para proceder a orinar, exclamó: ¡Qué molleja e'chichalón!

Murió en Punto Fijo el 19 de septiembre de 2013.

XX LOS BURROS EN PARAGUANÁ

Los burros paraguaneros pasan a ser noticia por quienes pretenden buscar una solución a la problemática que se ha venido presentando con estos nobles animales en las carreteras falconianas en especial la Coro Punto Fijo y Los Olivos- Adícora-Pueblo Nuevo, que no es otra que la cantidad de burros que cruzan dichas vías y que por ende ponen en peligro la vida de los que por ellas transitan, lo cual ha traído como consecuencia que muchas personas hayan perdido la vida y otras han quedado lisiadas. Hace ya bastante tiempo se suscitó una polémica por una propuesta emitida por un legislador falconiano donde según su criterio la solución de este problema era matando a estos animales. Les recuerdo a estas personas que son de ese criterio tan cruel, que los invasores a su hábitat natural somos nosotros, ellos han estado poblando esta inmensa Península desde tiempo inmemoriales, las carreteras fueron hechas después.

Quienes conducimos un vehículo debemos hacerlo con mucha responsabilidad, manejar a la defensiva, acatar las recomendaciones que están a todo lo largo y ancho de la geografía paraguanera donde se le advierte a los conductores el peligro existente en las mismas por el desplazamiento de estos animalitos en la vía. Como defensor de los derechos que debe tener todo ser viviente que habita este Planeta, les recuerdo que estos nobles asnos también fueron y todavía son en muchas partes del mundo y en varios caseríos de este país, el acueducto, porque es sobre su indefenso cuerpo que se le colocan dos barriles llenos de agua muy bien sujetos a su “apero” para que ese preciado líquido llegue a esos seres humanos a quienes todavía no les llega el agua potable por tubería, o sea, que más bien lo que debemos proponer para estos nobles seres es una estatua.

Le sugiero a las autoridades municipales tanto de Coro

como de Paraguaná que esa estatua de ese indefenso animalito, debe colocarse en la entrada y salida de Coro a Paraguaná, --se la merecen,-- por haber ayudado tanto al desarrollo de la humanidad sin pedir nada a cambio, porque como bien sabemos, a él solo nos referimos cuando decimos que alguien es un poco estrecho de mente o por su órgano sexual que ya muchos quisieran tener. Y hablando de sexualidad, se me ocurre que con este problema, deben formarse varias Cooperativas, una debe dedicarse a su reclutamiento y confinamiento en un sitio específico de la amplia llanura peninsular, con toda una infraestructura donde se sientan cómodos y puedan pastar, tomar su agua y hacer el amor sin ocasionar accidente alguno. Para evitar la natalidad entre su especie, otra Cooperativa debe registrarse para la fabricación de Condones. Vean bien todos los problemas que estamos solucionando a un mismo tiempo, podemos decir pues que es un proyecto endógeno.

Primero: se elimina su desplazamiento sobre la vía por lo tanto estamos preservando la vida de las personas.

Segundo: por los momentos se estarían formando dos Cooperativas, pueden surgir otras en el futuro inmediato, depende de la dinámica del asunto.

Tercero: se estarían creando puestos fijos de trabajo para un considerable grupo de ciudadanos.

Cuarto: a estos burritos se pintarían de forma multicolor para darle el carácter de atractivo turístico, para ello debe averiguarse en el mercado qué pintura puede resultar beneficiosa sin llegar a ocasionarles problemas en su pelaje y piel, debe ser algo que perdure en el tiempo porque como todos sabemos ellos se revuelcan demasiado y no podemos perder la inversión en el corto tiempo. Los visitantes gozarían una ola y parte de otra viendo a los encargados de colocarles los condones corriendo detrás de ellos para lograr su objetivo. Yo soy de la idea que a estos señores se les dé un bono especial por tan noble gesto hacia estos indefensos animalitos.

Lamentablemente nada de lo arriba señalado ya se puede hacer para salvar esta especie animal, debido a que unos desalmados en el 2017 acabaron con ellos para vender su carne y las autoridades nada hicieron para evitar su exterminio.

XXI GOLPE E' TAPARA

De la oralidad de mi padre Chindo Bracho, le escuché decir esto:

En la población de Adaure, Península de Paraguaná, existió una matrona que en sus años de moza, fue muy colaboradora con los mozos del vecindario, al extremo que tuvo doce hijos y cada uno tenía un padre distinto. Esto la hacía acreedora de una experiencia extraordinaria en el arte del amor, por lo que muy pocas damas de los alrededores le podían arrebatarse tal distinción. Pero como los años no pasan en vano, con el pasar de los mismos quedó ciega pero no sorda. Ya bastante entrada en edad y viviendo con unas hijas, que asimilaban muy bien la maternidad practicada por ella, también trajeron varios niños a este mundo y aquella casita de dos aguas, teja y de un largo corredor, parecía a lo que hoy llamamos un Jardín de Infancia, y por las noches aquel corredor parecía El Malecón de Maracaibo, --lleno de Piraguas,-- por allá en los años treinta del siglo XX, por la cantidad de chinchorros colgados. Para esa época no se usaban camas. Entre tantos nietos, esta anciana tenía una nieta que era muy hermosa y estaba siendo visitada por un joven que la pretendía. Es el caso, que después de varias visitas y pidiendo una prueba de amor, --muy de moda en esa época y en todas las épocas,-- éste logró convencer a la amada mujer para que le permitiera pasar una noche con ella.

La sugerencia fue aceptada y ella, ni corta ni perezosa, de inmediato le dio el sí a lo solicitado. Solo que ella lo alertó, que para que eso sucediera sin que su abuelita se diera cuenta, él al entrar por la puerta principal tenía que pasar a "gatas" por debajo de tantos chinchorros y llegar al penúltimo chinchorro que era donde ella estaba durmiendo. El último lo ocupaba su abuela. Pues bien, este Porfirio Rubirosa de entonces, dijo

para “sus adentros”: ¿Quién dijo miedo? Esto es pan comido para mí. Pasaron varios días y al fin llegó la noche deseada para que ambos, le dieran rienda suelta a esos amoríos de adolescentes campesinos.

Él llegó a tratar de pasar la prueba de fuego de la cual ella lo alertó. La puerta principal había quedado sin el cerrojo para hacerle más fácil la entrada, lo cual logró. Entonces empezó su travesía nocturna, sin brújula, pero con el pensamiento puesto en aquella escultural mujer, que lo tenía con la “empalzá en el suelo” desde hacía varios meses, con la que pasaría la mejor noche de su vida. Por fin llegó al sitio, temblando, sudando la gota fría. Él era de tez morena pero llegó blanco como una tiza, pero llegó. Su amada lo esperaba en “traje de Eva”. Empezó el fiestón de aquellas dos almas que estaban en ese chinchorro como Dios los trajo al mundo. Se fundieron en uno solo, todo era una alegría inmensa, pero con el mayor silencio para que la abuela no escuchara lo que estaba sucediendo a su alrededor. Pero eso era muy cuesta arriba para ellos, guardar tanto silencio cuando dos seres que se aman y logran un encuentro tan sublime, hacer el amor con tanto temor, no era nada fácil.

En el medio de aquel calor reinante en dicha casona, --recordemos que no había aire acondicionado,-- se oían ronquidos de mucha gente durmiendo. El ambiente fue tomando el ritmo de lo que allí se estaba escenificando: --dos seres humanos encontrados para hacer el amor.-- Entre tanto deseo, besuqueos, sudores, jadeos, gemidos casi inaudibles, se olvidaron que la abuela estaba muy cerca en otro chinchorro. Para este momento su genitales, estaban respondiendo al máximo y aquellos producían un ruido parecido a como cuando un animal está tomando algún líquido. La abuela que no era ninguna agarrada a lazo, se despertó y se puso a escuchar para ver si podía detallar qué ruido era ese. Acto seguido, llamó a su nieta María. --Así se llamaba la joven y le preguntó:-- ¿María qué ruido es ese? Y María le respondió: ¡Abuela, esa es la gata que está tomando leche! A lo que la abuela le respondió furibunda: ¡Gata tomando leche! ¡Eso es golpe e' tapara donde vaya!

XXII EL ZAPATERO

Juan Eleodoro Santelíz Guerrero, --así bautizaron a este niño que después se hizo hombre— quien llegó a Caja de Agua a finales de los años '50, procedente de Cumarebo, donde vino al mundo. Primeramente se radicó con su familia en la calle Libertador diagonal al Cine Bolívar, de Antonio Guadarrama. Su taller y fabricación de zapatos lo instaló en la Calle Comercio con calle Monagas de esta barriada, al lado en toda la esquina también se ubicó otro cumarebero --Juan González, éste es barbero--, el corte de pelo costaba un bolívar. Hoy día se encuentra en su lar nativo en lo que podríamos decir que en el reposo del guerrero después de haber alternado su arte de barbero con el de Cronista.

En la zapatería se daban cita a diario varios de sus amigos con la finalidad de hablar de deporte y política, pero el tema que predominaba era este último, la mayoría eran adecos, ni de vaina un comunista ese partido había sido inhabilitado. A Yoyo, así le decíamos cariñosamente y los más osados lo bautizaron como “El Charro Negro”. No le faltaba en su taller una botella de cocuy que al pasar de los años supe que lo vendía por copas a sus contertulios. Entre los asiduos visitantes recuerdo los nombres de: Miguel Díaz (Miguel culito), Eleazar Jordán, Carlos Rivas (Caminante), Darío Búlmer, Otto Goitía, El Negro Irahola, su compadre Tony López, Tamacún, Rogelio Lugo (El tuqueque), Pablo Lugo (El grillo) y Alirio Madríz (Freno de aire).

Uno de los temas políticos que se comentó mucho ahí entre cocuy y cocuy, fue aquel gobierno de coalición firmado por los líderes Rómulo Betancourt (AD), Rafael Caldera (COPEI) y Jóvito Villalba (URD), llamado Pacto de Punto

Fijo, no porque se haya firmado en esta ciudad, sino porque la firma se realizó en la Quinta Punto Fijo, propiedad del Dr. Rafael Caldera, en Caracas.

Posteriormente el zapatero —así lo llamaban sus clientes—, se ubicó una cuadra más hacia el Oeste, --en parte de la casa-- cuatro habitaciones que le alquiló mi padre Chindo Bracho, en la referida calle, Nro. 34, ahí llegó con su familia y su modesta zapatería. Un par de sandalias para dama costaba cinco bolívares, media suela ocho; clavar las “tapitas” en las zapatillas de las féminas solo costaba un bolívar, colocar los dos tacones de goma en los zapatos de los caballeros; su precio era de cuatro bolívares, suela corrida y tacón por solo dieciséis bolívares y si era que el cliente quería un par completamente nuevo; lo compraba de inmediato o lo mandaba hacer por la módica suma de sesenta “Simones”. De ahí se mudó unas cuatro casas más arriba donde continuó con su taller de zapatería.

¡Ay Dios mío! Pero como era de difícil conseguir ese dinero para cubrir esas necesidades. El país había empezado a transitar la senda “democrática” bajo el mando de Rómulo Betancourt, después del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958. No había fuentes de trabajo; el salario diario era de doce bolívares y en alguna ocasión que llegó a dieciséis. El gobierno para apaciguar un poco la parte económica a sus pobladores desempleados en todo el país —que eran bastante—, activó un tipo de ayuda que le dio el nombre de “Plan de emergencia”. Muchos de los residentes de Caja de Agua disfrutaron de esa “bondad del gobierno” y todos los fines de mes tenían que ir a Caracas a buscar sus “cobritos”.

En una ocasión hubo un retraso en el pago de ésta dádiva y en pleno centro de Caracas, --en El Silencio,-- los beneficiarios se “amotinaron” y le “metieron las cabras en el corral” al mismísimo hombre fuerte de Miraflores —a Don Rómulo Betancourt,--quien de inmediato solucionó el asunto. Entre los manifestantes andaban: Pedro Reyes, Chico Jiménez y Pablo Lugo (El Grillo). A Caja de Agua regresaron con “cobre”.

Volviendo al tema, mi hermano Francisco fue uno de sus ayudantes. Yo era un adolescente, y un día domingo me invitó y nos fuimos a vender sandalias a Barrio Nuevo, Nuevo Barrio y Las Piedras, no vendimos ni un par. A la semana siguiente nos fuimos a vender a Buena Vista con el centro de “operaciones” en Adaure, tampoco vendimos nada. Eran momentos muy difíciles; económicamente el país estaba muy mal. Siendo un hombre de armas tomar y haciendo honor a su segundo apellido, un buen día decidió irse a la sucursal del cielo —Caracas— en busca de nuevos horizontes, y lo logró. Con su familia se instaló en el segundo Plan de la Silsa y trabajó en la zapatería de su hermano Minche Santelíz. Posteriormente trabajó en varias zapaterías italianas de mucho prestigio en el centro de Caracas. Al tiempo regresó definitivamente a su Falcón querido, siempre haciendo lo que sabía hacer, --zapatos— con su arte que aprendió desde niño y con el que ayudó a “calzar” tanta gente, se instaló en La Vela de Coro hasta el 27 de marzo de 2016 cuando partió a otro plano. Paz a su alma.

XXIII EL MITO SOBRE EL PITO DE LA CREOLE

En Paraguaná hay un mito que muchas personas lo han creído por décadas, y es el relacionado con el pito que se escucha todo los miércoles a las 10 de la mañana en la Refinería de Amuay, --hoy día Complejo Refinador Paraguaná,-- y que se escucha desde que empezó la Creole sus operaciones en esta zona. Se dice que ese pito es un homenaje que se le rinde a un norteamericano que hace muchos años durante un voraz incendio que se desató en dicha refinería, él desafiando las llamas que consumían parte de una de sus plantas, subió apresurado a un sitio determinado donde estaba una válvula que si lograba cerrarla evitaba que las llamas destruyeran toda la planta, --cosa que según el mito logró,-- aun cuando murió posteriormente por las quemaduras sufridas.

Muchos de nosotros sin querer, siempre estamos convirtiendo en héroes a personajes y si son extranjeros la satisfacción parece que es mayor y hasta llegamos a afirmar cosas que casi siempre están alejadas de la realidad y esta es una de ellas. Pues paso a decirles, que esa versión es totalmente falsa y lo digo con conocimiento de causa, como diría un abogado. Durante 14 años trabajé para Lagoven en el Departamento de Protección y Control de Pérdidas y 12 de ellos, aproximadamente, me tocó los días miércoles a las diez de la mañana activar dicha alarma. Eso era cuando tenía la guarda de 7 am. a 3 pm.

Ese pito, se activa desde el control de Vigilancia de dicha Refinería, de forma manual por un tiempo de 30 segundos, esto hace que la alarma se dispare y la sirena se escuche en toda la Refinería a través de sirenas instaladas en sitios especí-

ficos, como: Planta eléctrica nueva y vieja, lajadora de azufre, taller central, coque, muelles, envasadora, y plantas, zona residencial de Judibana y Campo Médico, etc. Es una prueba al sistema de alarma. Una vez realizada dicha prueba, el Oficial de Seguridad, procede a llamar a los sitios antes indicados para corroborar si dicha sirena fue escuchada o no. Esto origina un informe donde se especifica donde sonó y donde no, y es enviado al Departamento de Comunicaciones para que hagan el mantenimiento respectivo en los sitios donde no sonó la alarma. De esta forma se garantiza el normal funcionamiento del sistema que debe estar en óptimas condiciones a la hora de alguna contingencia que amerite la evacuación del personal que está laborando en el sitio del acontecimiento y sus áreas más cercanas y si es de gran magnitud, hasta los habitantes de Judibana y Campo Médico deben evacuar el área. En resumen, no es para rendirle homenaje a ningún personaje en particular.

XXIV HISTORIA DE UN RECLUTA

24 Enero de 1967, el recluta Rafael Carpintero, había llegado a la Base Libertador de Palo Negro, en el Estado Aragua, en un avión C-130, junto a un grupo de jóvenes que procedían del Estado Falcón, cuando llegaron por tierra definitivamente a la Base Aérea Aragua, ya inhabilitada para la época, específicamente a la Escuela Técnica de las Fuerzas Aéreas, se dan cuenta que los conscriptos que procedían de los Estados andinos y Caracas, ya estaban en el patio de honor, eran 120 jóvenes en total. La tarde se presentaba fresca y en el cielo maracayero se observaba que pronto caería sobre esa calurosa ciudad un fuerte aguacero. Se les dio una pequeña charla de bienvenida, donde se les explicó las normas internas que regían en esa instalación castrense y que eran de estricto cumplimiento por cada uno de los recién llegados.

Después del baño, fueron al comedor para su primera cena. Llegó la noche, los jóvenes empezaban a conocerse, hablaban de sus vivencias, estudios, novias y madres que dejaron llorando en los aeropuertos, muchos también lloraban por sus seres queridos a quienes no sabían cuándo volverían a ver. A las 9 de la noche llamaron a formación, pasaron lista y parte, todos estaban completos. Se dio la orden para que todo el personal se retirara a la cuadra (dormitorio), con la notificación de que una vez que sonara el toque de silencio, no se debería escuchar ninguna conversación en la cuadra. Así fue, y en el recinto se percibió un silencio sepulcral.

Al amanecer, 5 a.m. ese ejército de jóvenes escuchó por primera vez el sonar de la Diana Carabobo, interpretado por La Banda Seca de la referida Escuela, integrada por los aspirantes a Sub oficiales. En la cuadra se escuchó una voz fuerte

que gritaba, ¡oído!, todos a las duchas, en columna de a uno. Con ese llamado, en esos términos, con una arenga donde el Distinguido Palma con sus ojos verdes que parecía un tuque-bravo, vociferaba a todo pulmón: aquí no hay mimados, los niñitos de mamá y papá que en su casa se levantaban a las 10 ó a las 12 del medio día, este es el horario para levantarse de ahora en adelante durante los 2 años que van a estar aquí y para acostarse es a las 9 p.m. si es que no tiene guardia nocturna o se han ganado un plantón durante el día, y se paseaba por el centro del pasillo y repetía una y otra vez su arenga, como todo un dictador.

Con esta andanada de advertencias dichas por este valenciano amargado, acompañado de los Distinguidos Meza, Parada, Chirinos y otros tan malos como él. Rafael Carpintero y los demás reclutas solo escuchaban debajo de las duchas lo dicho por este aprendiz de dictador, se miraban las caras, como diciendo: esto no es con nosotros porque allá en Táchira, Mérida, Trujillo y Falcón, si de algo sabemos bastante, es que muchas de las labores que hacemos a diario empiezan desde la madrugada, como era el de buscar agua en baldes o latas colgando de los extremos de un palo (gancho) cruzado arriba de nuestros hombros o hacer labores de ordeño o agricultura. Pero unos caraqueñitos que también estaban en el contingente, si arrugaron la cara y casi lloraban, se sentían aludidos por lo dicho por el petulante Distinguido.

Así fueron pasando los días y las semanas y fue apareciendo la programación a cumplir, como charlas, trotes, limpieza de la cuadra, baños, patios, asignación de uniformes y armamento, esto último fue a los tres meses después de la juramentación. Una mañana después de tomar café, salieron a trotar por las pistas de la antigua Base Aérea Aragua, acompañados de los ya nombrados Distinguidos y comandados por el Capitán Cardozo, que tenía una camioneta Chevrolet, tipo ranchera, éste cuando empezaron a trotar le dijo al personal de reclutas que el que se sintiera cansado se podía subir a la camioneta. Al joven conscripto Rafael Carpintero le pareció

bastante sospechoso que el Capitán tuviera ese acto de bondad con los recién llegados, él siguió trotando, hubo momentos que su cuerpo no daba más, se sentía agotado y logró junto con la mayoría regresar a la Escuela sin rendirse, solo cinco se montaron extenuados a la camioneta.

Ya en formación en el patio de honor, el Capitán Cardozo, mandó a dar un paso al frente a los que se sintieran cansados, no menos de diez “nuevos” cometieron el error de hacerlo, Rafael Carpintero se mantuvo a discreción igual que la mayoría. Exactamente sucedió lo que el joven Rafael se imaginó, para él eso era una trampa, acto seguido el Capitán le dio la orden a los Distinguidos para que se encargaran de los cinco que subieron a la camioneta durante el trote y los diez que salieron de la formación por cansancio para que les metiera una hora de educación física, de la más terrible. Lo último que hicieron fue darle veinte vueltas al patio que era bastante grande. Uno de los reclutas de apellido Chirinos, después de ese castigo, se le acercó a Rafael Carpintero y le dijo: Carpintero, yo creo que si esto continúa así de aquí saldré será para el Hipódromo La Rinconada.

Rafael Carpintero nunca pagó un plantón, no porque no cometiera alguna falta durante el día, que ameritara de ese castigo, que consistía en parar al infractor en la madrugada, hacer que se bañara y sacarlo al patio solo con un pañito para que le diera frío. Sucedió que en la litera donde dormía, en la parte alta dormía un gocho y resulta que el Distinguido Palma siempre lo confundió con éste y en su libreta lo que anotaba era el nombre del gocho, y por eso Rafael Carpintero en las madrugadas cuando estaban llamando al gocho para el plantón con baño incluido, lo oía decir que él no había pecado, y era cierto. Con todo y su lloriqueo de todas formas el elegido era él y el baño y plantón iban.

Así pasó Rafael Carpintero sus dos años de servicio militar, salvándose de los castigos individuales, de los que no se pudo salvar nunca era de los colectivos, cuando estaban en

formación las cuatro secciones, a, b, c y d, era muy difícil lograrlo. Por ejemplo, cuando mandaban a pararse firme, había un gocho de apellido Moncada, que le decían mono blanco, este recluta no escuchaba la voz de mando, todos se ponían firmes menos él, el Capitán se dirigía a él, y le decía: nuevo dije firme, él a discreción veía para todos lados como si la cosa no era con él, por segunda vez el Capitán se dirigía a él, y ahí caía en cuenta que 119 hombres estaban firmes menos él y todavía tenía las santas b... y preguntaba: ¿ahh, es conmigo? El Capitán, ya molesto por su torpeza, mandaba a todo el personal a tenderse en el suelo y de ahí en adelante casi siempre era una hora de saltos de paracaídas, saltos de rana, saltos de tiburón, paso de la gallina, flexiones de pecho, vuelta de tabaco, etc.

Una tarde a golpe de seis, después de un torrencial aguacero caído en la ciudad, el Distinguido Parada, otro demonio más, por puro placer llamó al ya soldado Rafael Carpintero y lo conminó a que le cumpliera una orden, que consistía en que le buscara tres cucarachas blancas en la antigua pista de aterrizaje. El joven soldado se le cuadró, saludó y quedó en cumplir la orden dada. Dio media vuelta y se retiró. Pero para ir a la pista debía pedirle permiso al capitán Cardozo. Por lo que tocó la puerta de la oficina de éste, lo saludó militarmente y le pidió permiso para ir a esa hora a la pista. Éste le preguntó cuál era el motivo, y le respondió que estaba cumpliendo una orden del Distinguido Parada. Cuál orden preguntó el Capitán? Él contestó: a buscarle tres cucarachas blancas. ¡Tres cucarachas blancas, ripostó el Capitán!, en tono muy molesto. Acto seguido le dijo: dígame al Cabo Parada que se presente en mi oficina. Rafael salió raudo de la oficina en busca del Distinguido, su corazón no cabía en su pecho de lo asustado que iba.

Una vez en el patio frente a éste, se le paró firme y le dijo lo expresado por el Capitán. Solo alcanzó a decir ¡maldito nuevo me fuiste a poner la piedra con el Capitán! Rafael todo tembloroso le decía, solo le fui a pedir permiso para ir

a la pista. Ya frente al Capitán, ambos se cuadraron y saludaron... Ud. Mandó al alumno a buscar tres cucarachas blancas, cierto? Sí mi Capitán, contestó Parada. Se le quedó mirando fijamente a los ojos con cara de arr..., seguidamente le manifestó: está bien Distinguido, el alumno le va a conseguir las tres cucarachas blancas, pero usted va a buscar seis para mí. Saludó al Capitán y se retiró velozmente. No ha regresado... todavía las está buscando.

XXV RUPERTO ANTONIO

Vivía en el campo casa de su mamá, ya anciana, y él de unos 40 años, aproximadamente. El motivo mayor de estar con ella era por haber nacido con el síndrome de Dawm, que lo colocó en desventaja con sus semejantes a lo largo de toda su vida. Regularmente acompañaba a su anciana madre hasta la ciudad por lo menos cada quince días en busca de bastimento. En esa casa de campo se respiraba paz, ellos eran muy felices al despertarse cada mañana envueltos en aquellos conciertos hermosos producidos por el canto de los pájaros, de gallos, gallinas, pericos y loros, así como el bramar de las vacas y el berrear de los chivos y ovejoes.

Su mamá tenía un sobrino que era dueño de un camión cisterna con el que se ganaba el sustento diario para su familia a través del suministro de agua potable a los moradores de su barriada. Este sobrino iba una vez a la semana a llevarle agua en el cisterna a su querida tía, la cual vertía en un aljibe de regular tamaño, que ella tenía en la parte posterior de la casa. Así mismo le llevaba comida y dinero para algún gasto extra que tuviera que hacer. Y a Ruperto Antonio le llevaba de regalo, una cajetilla de cigarrillos Bandera Roja y una revista pornográfica.

Un día el sobrino de la anciana hizo en el camino lo que para él ya era una rutina. Comprarle algunos alimentos y a Ruperto Antonio su cajetilla de cigarros, no así la revista pornográfica por que se había agotado. También compró una patilla de regular tamaño, de cinco kilos aproximadamente, con el propósito de llevársela a sus hijos. Al llegar a la casa de campo, como de costumbre abraza a su tía y le pide la bendición y saludó efusivamente con un abrazo a su primo Ruperto

Antonio. Le hace entrega a su tía de los alimentos que le había comprado, llenó el aljibe y permaneció ahí en amena conversación con ella. Al abordar el camión para su regreso a la ciudad, notó a Ruperto Antonio un poco raro de carácter. En ese momento se recuerda que no le ha entregado los cigarrillos. Entonces optó por llamarlo para entregárselos y a la vez le dice que no le llevó la revista porque no había llegado, pero que en su lugar le había comprado esa patilla. Cosa que no era cierto, porque la patilla la llevaba para sus hijos.

Él jamás pensó que Ruperto Antonio tomara la determinación que tomó en ese momento con la indefensa patilla. Lo miró fijamente a su cara con un disgusto indescriptible, tomó la patilla en sus manos y elevó sus brazos por encima de su cabeza y con toda su fuerza se la sentó al piso de tierra frente a la humilde casa de bahareque y torta. Casi rumiaba de la rabia que tenía por no haber recibido su revista pornográfica, que ya se había convertido en un suscriptor más de la misma, sin pagar un centavo. De lo furioso que estaba y como andaba descalzo, con el dedo gordo de su pie derecho hizo tremendo hueco en el piso de tierra. Los animales que estaban merodeando en el patio disfrutaron al máximo el sabor de la patilla, era dulcita. Qué hacía él con esa revista pornográfica? No lo sabemos.

XXVI GILBERTO Y EL ATROVERAN

Él es un hombre apacible, conversador, muy enamorado, y de una sonrisa amplia e inocente. Se creó en una casona inmensa de dos aguas, junto a sus padres, hermanos y hermanas, siempre ayudando a los oficios propios del campo. En esa casa siempre hubo abundancia, sobre todo de amor y respeto a la familia. Nunca faltó el alimento para la prole, y para el forastero siempre había un plato de comida o por lo menos un buen café. Era una casa con su conuco grande donde se sembraba y cosechaban los alimentos para el consumo diario, como maíz, auyamas, frijoles, patillas y melones.

Gilberto junto a sus hermanos desde la madrugada se paraban para atender las labores de ordeño, había muy buen ganado que producía la leche suficiente para surtir el vecindario y también se fabricaba un queso que era uno de los mejores de ese sector enclavado en tierra zamorana. Donde un amanecer con esa brisa que choca desde esa pared vegetal que queda al Sur de la casona, y con el bramar de las vacas y el trinar de los pájaros, se convertía en una terapia para andar muy alegre durante el día.

Pero Gilberto es remolón, no le gustaba mucho esa faena, en las madrugadas cuando su adorada madre lo llamaba para que empezara atenderle a los animales, en el cuarto solo se escuchaba la rezongadera que éste pronunciaba. Sus hermanos asistieron regularmente a la escuela y se hicieron todos profesionales. Mientras que Gilberto no estaba ganado tampoco para estar metido en esos libros de matemáticas, historia y mucho menos de química o física. En uno de los tantos cumpleaños que le festejaron a tía Ramona, como cariñosamente le decíamos. Cumpleaños que le eran festejados a la honorable matrona por todo lo alto, porque así se lo merecía. Empeza-

ban con una misa de acción de gracia oficiada en la Iglesia del pueblo y durante el día y ya entrada la noche se desarrollaba una velada musical con los mejores conjuntos del Estado, incluyendo La Billos Coro Boy's. Sucedió que todavía a los días después de aquel acontecimiento, había un buen pedazo de torta en la nevera y a eso de las dos de la madrugada, Gilberto llama a su mamá y le preguntó si tenía Atroverán? Ella muy preocupada como madre al fin. Le respondió: qué te pasa muchacho, tienes dolor? Y él contestó: no, es que me voy a comer la torta que queda en la nevera, por si acaso y me hace daño...

XXVII CHINDO BRACHO Y SU PERRO CAZADOR



Chindo Bracho Fuente: Francisco Colina

“Chindo” Bracho, era un hombre de muy buen humor. De cualquier cosa inventaba un chiste. Quienes llegaron a conocerlo, saben que es verdad lo que estoy diciendo, al extremo, que podía ir pasando por cualquier lugar y siempre había alguien que lo llamaba para que le contara un chiste. Él acostumbraba salir los días domingos con un grupo de amigos a cazar conejos en los montes de Paraguaná, casi siempre lo hacía en Tiguardare, El Cayude y en vacaciones, lo hacía en Adaure.

Era un grupo que casi siempre pasaba de diez personas. En una de esas cacerías por Tiguardare, Chindo escuchó en ese monte, que estaba sonando una melodía de moda y que su letra dice así: “¡Ay mama Inés, ay mama Inés, todo los negros tomamos café...” y así se seguía repitiendo la melodía y él sigilosamente puso el oído muy fino para averiguar de dónde salía ese sonido musical. Caminó unos cuantos pasos buscando el origen del mismo. ¡Sorpresa! Era un Long Play (LP) de 78 revoluciones por minuto (rpm), que fueron los primeros en salir al mercado. Éste estaba debajo de una mata de Urupagua

y una de las espinas de la Urupagua estaba rozando el disco y hacía que sonara la melodía... A él nunca le faltó un perro cazador. Tuvo uno que lo llamaba “Collalito” y era muy bueno cazando; difícilmente se le iba un conejo. Si se le escapaba al cazador, a él no.

Estando en una cacería en Adaure, en compañía de varios moradores de esa Parroquia, entre los que se contaban: Rito Molina, Jesús Chirinos, “Mon” Colina y otros que escapan a mi mente, “Chindo” salió corriendo detrás de un conejo que lo traían espantado desde el Sur pero el conejo pasó velozmente cerca de él y no lo pudo atrapar. Azuzó al perro para que le diera alcance y éste se quedó parado cerca de él y solo decía: “¡Llete, llete, llete! “Chindo” un poco rabioso solo le dijo al perro: ¡Perro pendejo hoy no comerás! El perro cazador le vio la cara y movió la pata derecha delantera y quedó al descubierto un billete de cincuenta bolívares...

Se durmió en la Paz del Señor el cinco de noviembre de mil novecientos noventa y uno.

XXVIII LA GORRA DE ROLANDO LA SERIE AYUDÓ AL ESCLARECIMIENTO DE UN CRIMEN

A mediados de los años 70, sucedió un crimen en Punta Cactus Falcón Cres, como diría Juan Felino, para referirse a la población de Punta Cardón, situada en el extremo Sur-Oeste, de la Península de Paraguaná, Estado Falcón, Venezuela.

Una mañana muy temprano desde el Comando Policial de esa localidad, reportaron vía telefónica a la PTJ, del hallazgo de una persona sin signos vitales, informando que la misma se encontraba en el interior de una casa en construcción en el Sector 23 de Enero. Se presumía era un homicidio en vista de que presentaba heridas en su cabeza.

De inmediato una comisión de la Policía Científica se dirigió al sitio descrito para dar inicio a las averiguaciones de rigor. Una vez en el teatro de los acontecimientos, se observó que era una bienhechuría en construcción, deshabitada y en su interior yacía un cuerpo humano inerte, en posición decúbito supino, del género masculino, de tez morena, pelo lacio, de barba escasa, labios delgados, de aproximadamente 34 años de edad, vestía un jean azul y franela verde, zapatos casuales tipo mocaín color marrón, portaba una cédula de identidad. Su cara y cabeza presentaban signos de haber sido golpeadas fuertemente con un objeto contundente.

Como se estila en estos casos, la comisión policial fijó con fotografías la escena del crimen, igual que al cadáver, tomó sus huellas dactilares de ambas manos, y la correspondiente planimetría. Cerca del cuerpo los investigadores localizaron un litro con cierta cantidad de ron en su interior, un bloque ensangrentado que estaba a su lado derecho que se presumía era el objeto contundente con el que se le dio muerte y un sombrero de “cogollo” los cuales también fueron fotografía-

dos y llevados a la Delegación ya que podían servir de orientación en la investigación que apenas empezaba. Se entrevistó a los vecinos más cercanos, pero como siempre, nadie escuchó ni vio nada. Dicho cuerpo fue trasladado a la Morgue del Hospital Dr. Alfredo Van Grieken, de Coro, para la necropsia de ley.

Para un buen investigador criminal nada le puede ser ajeno cuando llega al sitio del hecho, la cosa más insignificante para cualquier ser humano, para el investigador, ese pequeño detalle o comentario de alguno de los presentes puede ser la clave para el esclarecimiento del hecho que investiga. En el presente caso las emisoras de radio en sus noticieros y los diarios locales estuvieron varios días resaltando la noticia y pidiendo a las autoridades el total esclarecimiento del hecho. No eran comunes ese tipo de crímenes en la Península y menos en esa apacible población de Punta Cardón, que siempre se ha caracterizado por ser una Parroquia de gente trabajadora y lo que mejor saben hacer es pescar. Lo que sí estaba bastante claro en la investigación es que la persona fallecida no era de la Península y menos de Punta Cardón.

La comisión investigadora del hecho, se adentró día y noche en la Zona de Tolerancia, mejor conocida como La Concha. Para los que no la conocieron, les diré que estaba situada en la parte Este de Punta Cardón y la conformaban no menos de trece bares. Había uno que llamaban Acapulco pero también le decían Las Naciones Unidas, por aquello de que había muchas mujeres hermosas de varios países del mundo. Propietarias de varios de esos Bares, fueron las ciudadanas conocidas como La Pata Blanca, Anita Zambrano y Piel Canela, que se dice en esos predios paraguayos, que Bobby Capó vivió en Paraguaná y ella fue la inspiración para componer esa bella melodía que lleva por nombre "Piel Canela".

En esa sabana paraguana con esos trece bares en el centro fue donde muchos mozalbetes perdieron su virginidad y hasta se bañaron de madrugada con corbata y flux en la orilla del Golfete de Coro que está ahí mismito atrás de los bares, acompañados de esas exuberantes mujeres que, Diosa Canales, sería actualmente una pendeja frente a ellas. Muchos de

los visitantes que asistían al sitio en busca de caricias, si los sorprendía la aurora ahí se vieron en la necesidad de cubrirse la cabeza con algún trapo para evitar ser vistos por cualquier conocido. Así fue el caso de un Profesor que para no ser reconocido por algún alumno que estuviera por ahí a esa hora, salió de la habitación donde pasó la noche en los brazos de Cupido, cubriendo la cabeza con la funda de una almohada. Eran otros tiempos y había mucho respeto entre Profesor y alumno.

Una de esas noches en la Concha, la Comisión investigadora de aquel horrendo crimen, parece haber dado con el eslabón perdido que andaba buscando para identificar plenamente al autor(a) o autores de ese hecho. Los investigadores reunidos alrededor de una mesa, le mostraron a tres damas hermosas, lo siguiente: el sombrero de “cogollo” y la cédula de identidad que presumiblemente pertenecía al fallecido. Era muy prematuro para que de Caracas llegara el resultado de la dactiloscopia que identificara plenamente a la persona fallecida, así como los rastros dactiloscópicos de dos personas que se levantaron en la botella de licor.

Una de las damas dijo haber compartido unos tragos hacía tres noches atrás, con dos ciudadanos, el que cargaba ese sombrero de “cogollo” era un tipo que se parecía a “Yeyo” un actor cómico de la televisión venezolana y el que aparecía en la cédula cargaba una gorra parecida a las que usaba Rolando La Serie. Los investigadores insistieron con la que consideraban ser la testigo estrella del caso: ¿Estás segura de lo que estás diciendo? Claro que lo que estoy diciendo es cierto. Al día siguiente se le tomó una declaración escrita la cual fue anexada al expediente. O sea, el criminal dejó en el sitio su sombrero de “cogollo” y se llevó la gorra del difunto, hizo un cambio pues...

A los diez días aproximadamente llegaron de Caracas los resultados dactiloscópicos y ya se pudo identificar plenamente tanto al fallecido como al presunto homicida, éste último por los rastros dejados en la botella de ron. En el informe emanado de la Central detectivesca en Caracas, se decía que ambos habían pagado condena en la Penitenciaría General de Vene-

zuela, en San Juan de los Morros, Estado Guárico, y fueron puestos en libertad en días recientes. Ambos tenían residencia en Cabimas, Estado Zulia. Al día siguiente dicha comisión se trasladó a esa ciudad y estando cerca de la residencia del presunto victimario, avistaron a un individuo con las características descritas por la dama del bar. De inmediato fue aprehendido. Se le avisó a su familia el motivo de su detención y a la familia del difunto se le participó para que buscara a su deudo en la Morgue del Hospital de Coro, todavía estaba allí en una cava. ¡Qué sinvergüenza! cargaba la gorra del difunto. Sí, esa misma que dijo la mujer de la Concha, que era igualita a la que usaba Rolando La Serie y él igualito a Yeyo... trasladado a Punto Fijo, confesó su crimen.

XXIX LA ENFERMA DE LOS TAQUES

Luis era un chofer de auto por puestos, margariteño y muy conversador, residía en Caja de Agua. Un día una comadre lo abordó y le pidió le hiciera un viaje con dos hermanas más para la Montaña de Sorte en el Estado Yaracuy, donde está la Reina María Lionza, con el propósito de llevar a su querida madre que estaba sufriendo quebrantos de salud y que ya la había llevado a muchos médicos y nada que mejoraba. La señora ya estaba bastante mayor. Convinieron en el costo del viaje y al día siguiente en la madrugada salieron rumbo a Sorte.

Era un Chevrolet último modelo, año 1965, color vino tinto, no se podía pedir más confort. Todo había sido bien planificado ese día antes para que fuera un viaje feliz. Unos alimentos en una cavita Coleman con hielo, velones, incienso y un dinerito para los gastos en el trayecto y la paga para la consulta y ensalmes que le podían hacer a la querida matrona que iba en busca de esa salud que desde hacía bastante rato se le estaba escapando y que a todas las tenía muy preocupadas.

Habiendo transcurrido todo el trayecto sin novedad por la troncal Morón-Coro y pasando ya a territorio del Estado Carabobo, después de pasar la población de Morón, la matrona empezó a sentirse muy mal. Sus hijas entran en desesperación y Luis, trata de acelerar más la marcha y poder llegar a la Montaña de Sorte cuanto antes. La abuela entra en convulsiones y blanquea los ojos. Luis ve todo el drama a través del retrovisor y ve que el panorama es sombrío para la octogenaria.

Las tres hijas acompañantes irrumpen en llanto, Luis trata de consolarlas con palabras de aliento. Pero eso no las detiene

en su llanto. Entran al Estado Yaracuy y cuando el vehículo enfiló su marcha hacia el sitio de destino, estando muy cerca de los Chamanes que atenderían a la dama. Luis vio por el espejo interno que la señora se estiró fuertemente hacia atrás y se escuchó un quejido. Murió la vieja, dijo Luis para sus adentros.

Las hijas entran en crisis y le manifiestan a Luis que la lleven a un Hospital. Todo era desesperación. Luis detiene la marcha del vehículo y le toma el pulso a la doña y observa que había muerto. Gracias a Dios, él se formó en la Universidad de la vida y en su juventud había hecho un curso de primeros auxilios en el Cuerpo de Bomberos, de su Isla querida, la Isla de Margarita y por eso pudo dictaminar su fallecimiento.

Las hijas no podían creer lo dicho por Luis, pero era cierto. No había nada que hacer para revivirla. En medio de ese camino angosto y en plena montaña, con una anciana muerta y las hijas llorando a gritos. Luis tenía que tomar una decisión en “caliente” y como fue monaguillo en la Iglesia de su pueblo tenía cierto conocimiento de la religión católica y con sus palabras sabias incluyendo unos pasajes bíblicos, pudo convencer a las hijas de la difunta para regresar de inmediato a Los Taques.

Les explicó el por qué no llevarla a un Hospital: porque si la llevamos a un centro asistencial, ya sabemos que está muerta y los médicos lo que van es a certificar su deceso y eso nos va a crear un problema inmenso al extremo que hay que sacar un permiso sanitario y no es nada fácil. Contratar una funeraria para su traslado y eso es muchos trámites burocráticos y dinero que hay que pagar de inmediato porque esos zamuros dueños de funerarias no dan “fiao”.

Él logró convencerlas y les hizo unas recomendaciones para poder regresar sin contratiempos. Y les dijo: la abuelita continúa tal cual como vino, en el medio de ustedes dos en el asiento de atrás. Pueden llorar todo lo que quieran, pero con

el compromiso que cuando llegemos a una Alcabala se secan bien las lágrimas y si las autoridades tienen alguna curiosidad con respecto a ella, le dicen que está enfermita y va dormida. Yo les aviso cuando estemos cerca de una Alcabala.

Ya con esas instrucciones dadas, emprendieron el viaje de regreso. Todos se encomendaron a Dios para que esa proeza saliera bien. No es nada fácil, viajar con un difunto en un vehículo, sin permisología sanitaria, ni acondicionado para tal fin. El protocolo del viaje se fue cumpliendo a lo largo del camino tal cual como había sido explicado por Luis. Después de haber pasado las Alcabalas establecidas en esa ruta, solo una le preocupaba al conductor. La de Los Médanos de Coro, siempre se ha dicho que es una de las más estrictas del país.

Bueno muchachas, estamos llegando a la Alcabala de Los Médanos, se le escuchó decir a Luis. Mucho aplomo como lo hemos demostrado en las Alcabalas anteriores. Una vez en esa, se acercó al carro un Cabo de la Guardia Nacional, y dejó caer la orden de rigor: ciudadano, por favor estacionese a la derecha, muéstreme su cédula de identidad y documentos del vehículo y dirigiéndose a las cuatro damas les pidió su identificación, las tres hijas mostraron las cuatro cédulas, incluida la de su difunta madre, las miró sin tomarlas en sus manos y dijo que estaba bien.

Seguidamente preguntó: ¿de dónde vienen? Contestaron casi a coro: venimos de Yaracuy. ¿Y para dónde van? Para Los Taques. Por favor abra el porta maletas, le dijo al chofer. Lo miró, escudriñó los bolsos que estaban en el mismo y mandó a cerrarlo. A todas estas, Luis andaba con el “asterisco” fruncido estaba sudando frío en medio de aquel solazo coriano, eran las cuatro de la tarde y los nervios los cargaba de punta.

El efectivo le entregó su cédula y documento del vehículo. Se acercó nuevamente al asiento de atrás, vio nuevamente a las señoras y exclamó: ¡ESO, Y LA SEÑORA VA RENDIDA, NI CUENTA SE DIO QUE PASÓ POR LA ALCABALA!

Y a Luis casi le da un infarto. Una de las hijas le manifestó al uniformado que su mamá estaba muy enferma y últimamente dormía mucho. Luis, con sus piernas que ya no lo sostenían en pie, temblaba como un pollo con moquillo, por el susto sufrido, se montó en su último modelo y como sabía que ya el peligro había pasado de ahí a los Taques el camino se le hizo cortico.

XXX **LA JUVENTUD CULTURAL ARTÍSTICA DE CAJA DE AGUA**

Empieza el año 1958 y el General Marcos Pérez Jiménez es derrocado como consecuencia de un movimiento Cívico-Militar, después de seis años de turbulencia política, quien se mantenía en el poder mediante unas elecciones nada claras para el común de los ciudadanos, ya que la historia nos reseña que las mismas las ganó el Dr. Jóvito Villalba. Sin embargo fue a él a quien dio ganador el Estatuto Electoral de la época, que había sido aprobado para regir dichos comicios. El Dr. Villalba fue conminado a salir del país en calidad de exiliado. Marcos Pérez Jiménez ocupó la presidencia de la República de Venezuela, desde el 2 de diciembre de 1952 y se mantuvo en el poder hasta el 23 de enero de 1958.

Después de su derrocamiento y la instalación de una Junta de Gobierno Provisional, Presidida por el Contralmirante Wolfgang Larrazábal Ugueto, quien renunció el 13 de noviembre de 1958 para participar en la contienda electoral como candidato a la presidencia de la República, apoyado por URD y el Partido Comunista, siendo sustituido por el Dr. Edgar Sanabria, quien era miembro de la Junta de Gobierno. Se convocó a elecciones para el 7 de diciembre de 1958 y el nuevo Presidente constitucional resultó ser el Bachiller Rómulo Betancourt, quien durante sus cinco años de mandato (13 de febrero de 1959 al 11 de marzo de 1964), tuvo que enfrentar varios alzamientos militares, no menos de cinco y como si fuera poco un intento de magnicidio en la Avenida Los Próceres, de Caracas (24 de junio de 1960, día del Ejército).

Con todo este panorama político enrarecido, partidos políticos inhabilitados, como fue el caso del Partido Comunista de Venezuela. Jóvenes yéndose a los frentes guerrilleros for-

mados en las montañas de varios Estados del país, así como jóvenes formando parte de las células de la guerrilla urbana. En Paraguaná, y específicamente en Punto Fijo, fueron muchos los jóvenes que en la clandestinidad hicieron el trabajo que le fue asignado para tales fines.

Mientras eso sucedía otro grupo de jóvenes estaba organizándose en la barriada de Caja de Agua, una de las más populosas de Punto Fijo, --para la época,-- con el propósito de formar una agrupación cultural sin fines de lucro, que fue registrada con el nombre de LA JUVENTUD CULTURAL ARTÍSTICA DE CAJA DE AGUA, que empezó a funcionar en la antigua Iglesia Virgen de Fátima, era una pequeña Capilla de zinc y estructura de hierro, después que el Cura Párroco Herminio Sánchez se la cedió en calidad de préstamo al referido grupo cultural que estaba conformado por jóvenes entusiastas que se dieron a la loable tarea de captar en el poblado, niños, niñas y jóvenes que tuvieran alguna aptitud artística.

Es así como empezaron aparecer esos seres maravillosos con dotes para el canto, la poesía, la pintura, el arte dramático, la danza y la música. Se formó un grupo de Teatro, cuyos Directores fueron Jesús Serrano y Salvador Lugo, con niños y jóvenes que hacían de actores y actrices, entre ellas las hermanas Gladis y Maritza Quintero. Además de las obras de teatro, también se hacían sketches humorísticos, los demás grupos hacían lo propio. Como Conjunto musical de planta se incorporó el Conjunto Estrellas de Occidente, cuyos integrantes eran: Gonzalo Chirinos; Arpista y Director, Antonio Martínez en el cuatro, Francisco Colina en las maracas. Los cantantes eran: Reina Chirinos, Nelson Vargas, Armando Rojas, Juan Lugo, Antonio Salgueiro, Henry Caldera, Honorio Garcés, Deicy Caldera, Auris Rodríguez, Hugo Ortega, Germán Laguna, Salvador Lugo, Marcelo Gómez y la niña Fabiola Hernández, Israel Colina lo hacía como declamador y presentador. Muchos de ellos hacían de actores igual que Abdías García, Freddy Valles, Julio Álvarez, Alí Jiménez, Paquito Bracho y Edward García Jordán.

En dicha sede se hacían dos presentaciones al mes donde asistían muchas personas, la entrada era gratis y presentaciones

en Colegios y sitios donde la comunidad lo solicitara, lo único que recibían como agradecimiento eran los aplausos. Eso era más que suficiente para aquella juventud llena de sueños y sin maldades. Después la sede fue mudada para la Calle Josefa Camejo número 5, entre Calle Comercio y Acueducto, a un local propiedad del señor Álvaro Blanco, quien lo cedió en calidad de préstamo con el propósito de que se continuara con ese trabajo cultural en pro de orientar a esa juventud ávida del buen entretenimiento.

Se logró organizar una pequeña Biblioteca donde asistían jóvenes en busca de algún libro que le sirviera de orientación en algún tema específico que tuviera que presentar en su escuela o liceo. Para ello, se envió comunicación a todas las Direcciones de Cultura de los veinte Estados que formaban la República para la época, donde se les solicitaba la colaboración en el sentido de que nos enviaran libros y revistas que se publicaran en cada uno de esos Estados. La comunicación surtió el efecto positivo que anhelábamos. Al cabo de pocos días empezaron a llegar las encomiendas solicitadas y de muchos Estados llegaban con frecuencia, libros y revistas. Así se fue nutriendo de textos la Biblioteca para ayudar al conocimiento de la población. Así mismo se fundó un Semanario que llevó por nombre "Diálogo", que servía de vehículo para dar a conocer la actividad cultural desarrollada en la barriada y alguna solicitud a los organismos públicos donde se les ponía al tanto de alguna problemática a solucionar, como reparación de una calle, suministro de agua, luz, aseo, etc.

Los encargados de que ese pequeño formato periodístico no dejara de salir todas las semanas, eran: Antonio Salgueiro, Héctor Hidalgo Quero y Gerónimo Vargas, quienes se trasladaban a la Junta Promejora situada en Carirubana, y después de ser atendidos amablemente por Carlos Eric Granadillo, éste les suministraba una resma de papel tipo oficio y les prestaba el Multígrafo para que ellos pudieran multigrafiar el referido Semanario y así llegaban a Caja de Agua con su incipiente Semanario, listo para ser entregado a los moradores del sector.

Así mismo, la Directiva logró que en la Emisora Ondas del Caribe, en el programa "Tele Radio", que conducía diaria-

mente a la una de la tarde, el Locutor Esteban Hurtado Arias, la organización cultural presentara a los cantantes acompañados por el Conjunto Estrellas de Occidente. Esa programación se mantuvo por varios meses con “cuñas” publicitarias que buscábamos en el comercio local las cuales cobrábamos íntegras para el sostenimiento de la agrupación cultural.

Es de hacer justicia histórica y por eso quiero dejar plasmado en esta crónica, que dos de estos quijotes aprendices de periodistas: Antonio Salgueiro y Gerónimo Vargas junto a otro joven, Lino Segundo Revilla, en esa década del 60, fundaron en la referida barriada, un Quincenario que llevó por nombre “El Impulso”, era tipo tabloide y lo producían en la Editorial Médano. Fue muy corta su existencia debido a que no hubo el apoyo por parte de quienes podían publicitar en el mismo.

Antonio y Lino a la larga terminaron siendo Comunicadores Sociales. Lino, es propietario fundador del Diario El Falconiano. Gerónimo se radicó con su familia en el Sector Barlovento, al Oeste de la pintoresca población de Santa Ana, Municipio Carirubana. Ahí instaló una pequeña Imprenta tipográfica con la cual junto a Chinca, --su esposa,-- sus hijas Zuli, Zulay, Zuleima y Zuleika aprendieron el hermoso manejo de la tipografía que sirvió de soporte económico para que éstas obtuvieran sus títulos universitarios, mientras que “Momito”, se enamoró tanto de su trabajo de tipógrafo que es el que estuvo dando la batalla junto a su compañera de toda la vida, “la imprenta”, hasta su cierre definitivo.

A la agrupación cultural, se unió un grupo de personas que pasaron a ser miembros honorarios, con la finalidad de colaborar mensualmente con una pequeña cantidad de dinero, cuotas de diez o veinte bolívares, que servirían para pagar los gastos de agua, luz y aseo. Gesto éste que fue acogido con beneplácito por parte de la Directiva de la agrupación cultural. Entre esos ciudadanos puedo mencionar a: Julio Manaure, Basilio Pulgar, Raúl Rodríguez, Carmelo Rodríguez (padre), Carmelo Rodríguez (hijo), Eleazar Hidalgo, Felipe Quero, Venancio Valles, Cayo Marcio Coronado, Alvaro Blanco, Sabino Uria, Gerónimo Querales, Edgar Short, Petra Rodrí-

guez, Napoleón Jurado, Paz Chirinos, Mercedes Rodríguez, Doris Rosas y Felipe Hernández.

La Primera Junta Directiva quedó conformada de la siguiente manera:

Presidente: Francisco Colina

Sec. de Organización: Antonio Salgueiro

Sec. de Actas y Correspondencia: Freddy Valles

Sec. de Cultura y Propaganda: Héctor Hidalgo Quero

Secretario de Finanzas: Israel Colina

Directores de Teatro: Salvador Lugo y Jesús Serrano

Tribunal Disciplinario: Germán Laguna, Raúl Vargas y Armando Rojas

Finalizando la década del 60, la organización cesó sus actividades, debido a que sus directivos fundadores, quienes también eran actores, unos salieron a otros Estado a continuar sus estudios universitarios, otros se fueron al servicio militar obligatorio, el resto ingresó al mercado laboral y no hubo la disposición de otras personas a tomar las riendas de la organización para darle continuidad a la parte cultural en la población. La Biblioteca le fue donada a la Cooperativa San Miguel, de Caja de Agua.

Hoy día la satisfacción es grande, de ese grupo de jóvenes que formamos dicha organización, ninguno tomó el camino equivocado, todos somos ciudadanos y ciudadanas de bien. Ya unos viajaron a otras dimensiones. Estamos convencido que el objetivo se logró. ¿Por qué hago esta reflexión? Sencillo, en un mundo convulsionado por tantos vicios y peligros y que un buen grupo de niños y jóvenes se organizaran para evitar caer en las garras de la droga, la prostitución y otros vicios que están acabando con la humanidad. Podemos decir que somos felices porque no sufrimos ni hicimos sufrir a nuestros padres por malos comportamientos.

XXXI EL POZO SEPTICO

Eran años de mucha precariedad económica en Venezuela y Caja de Agua una barriada muy cerca de Punto Fijo no podía ser la excepción, era 1960, año en el cual Rómulo Betancourt asume la presidencia de la República elegido por el voto popular después del derrocamiento del General Marcos Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958. Sus habitantes llegados en su mayoría de los campos de la Península se dedicaban al pequeño comercio en bodegas, fabricación de empanadas, conservas, albañilería y otros con más suerte lograban un puesto fijo en las empresas petroleras de la zona, Shell o Creole, o simplemente obreros de las Contratistas que laboraban para éstas. Ambrosio, un ser corpulento de una estatura casi rozando los dos metros y con un problema de salud mental, no era agresivo, hablaba muy poco mas bien era tartamudo.

Eduvígido que también es un hombre fornido, ambos se dedicaban en el poblado a la perforación de pozos sépticos. Los moradores los contrataban para estos fines que con picos, palas, barras, barretones, mandarrias, mecates y baldes, no había piedra que se resistiera a la fuerza descomunal que aplicaban estos dos seres para demolerlas. Un día sucedió algo inesperado que no les había ocurrido antes por la destreza que habían adquirido en este tipo de trabajo, lo que calificaríamos hoy día como un accidente laboral. Estando Eduvígido a varios metros de profundidad y Ambrosio en la superficie jalando el mecate con el balde lleno de piedras y tierra, éste ya vacío se le soltó del gancho y se fue por el pozo, Ambrosio en su desesperación y con su tartamudez empezó a gritar ¡cui cui cui cui! cuando logró soltar la palabra completa, ¡CUIDAO! --ya era tarde,-- el balde ya estaba incrustado justamente en la cabeza de Eduvígido...

XXXII LA VENEZUELA GULF OIL COMPANY DESPUÉS MENE GRANDE OIL COMPANY

Para 1924 el Presidente de Venezuela era el General Juan Vicente Gómez y del Estado Falcón era el General León Jurado, también se le llamaba para la época Presidente y no Gobernador, ese mismo año este último atendió en su despacho a unos ciudadanos norteamericanos quienes llegaron a Coro vía terrestre procedentes de Los Puertos de Altagracia, Estado Zulia, donde habían llegado en una lancha después de haber desembarcado en el Puerto de Maracaibo del buque mercante Filadelfia, que venía de Nueva York. Eran ingenieros y peritos petroleros representantes de la South American Gulf, Sociedad Anónima.

Los visitantes le hicieron saber sus propósitos al referido General, que no eran otros que el interés que tenían en establecerse en la Península de Paraguaná para el desarrollo de la industria petrolera. El Presidente del Estado al escuchar sus planteamientos se alegró mucho por lo que eso iba a representar para el Estado Falcón y Venezuela. Seguidamente llamó al Cuartel para que su Comandante pusiera unos soldados a disposición de los visitantes con el propósito de que éstos los ayudaran a pasar los médanos ya que no era nada fácil hacer esa travesía. Solo los choferes experimentados que eran muy pocos podían pasar sin que sus vehículos no se atollaran. El 23 de marzo de ese mismo año la empresa cambió de nombre por el de The Venezuela Gulf Oil Company.

Es en ese año cuando se instaló esta compañía petrolera en Paraguaná después de haber concluido los trámites administrativos por parte de las autoridades venezolanas y los

representantes de la misma donde adquirieron 156 hectáreas en la parte Oeste, lo que se llamaba Cerro Arriba. Dichas tierras pertenecían a la Asociación de Cerro Atravesao y Taparo. En representación de esta Asociación aparece el nombre del General Gabriel Laclé. El Directorio de esta empresa estaba integrado por W.T. Wallace, W.L. Mellón, G.S. Davison, W.J. Guthier, R.A. Leove, G.R. Nuty y G.H. Taber, primer Presidente de la compañía en Venezuela. Residían en Nueva York, Pittsburg y Pensilvania.

Es de resaltar que estas personas en la travesía desde Nueva York a Maracaibo a bordo del mercante Filadelfia conversaron mucho sobre los sitios escogidos por ellos en Venezuela para establecerse como empresa. Eran dos los elegidos: Maracaibo y Paraguaná, pero al parecer no se habían dado cuenta que un terminal marítimo en el Lago de Maracaibo no era recomendable en vista de que sus aguas no eran profundas para embarcaciones de gran calado. En ese barco también viajaba un marino de nombre Harold G. Foss, quien residía en La Vela de Coro y se dedicaba al comercio exterior de la bosta de ganado que era un negocio muy rentable para esa época. Este personaje, Mr. Foss, también entró a formar parte de la conversación y es él con sus argumentos que les habla y los convence de lo estratégico que es la Bahía de Las Piedras para las operaciones petroleras de la naciente empresa. El desmonte del terreno para el campamento se hizo con peones contratados en Carirubana quienes trabajaban con machetes alquilados a razón de real y medio por día, o sea, setenta y cinco céntimos de bolívar. Esta reseña aparece en el libro *Aquella Paraguaná* del escritor paraguano Alí Brett Martínez.

Mi padre Chindo Bracho que laboró como guachimán para la Mene Grande Oil Company, hasta 1956, --siendo yo un niño,-- recuerdo le escuché decir, que quizás un obrero para la época pudiera haber empezado ganando un mejor salario, pero que nunca faltaba un “bocón”. Cuando uno de los norteamericanos preguntó a los primeros que estaban reportando para realizar esas labores, que cuánto ganaba un obrero?

el “bocón” dentro del grupo respondió que en Paraguaná un obrero ganaba dos bolívares diarios trabajando de sol a sol, el ciudadano norteamericano al escuchar aquella respuesta convino en pagarle a los obreros cuatro bolívares y a los caporales y guachimanes seis bolívares diarios. Y así lo reseñó muchos años después en términos similares Alí Brett Martínez en su obra antes reseñada.

También le escuché decir, que muchos de los hombres que ingresaron a la nómina de la empresa para ocupar diferentes cargos, padecían de diarrea ocasionada por el agua que se tomaba de los estanques plagados de barro y muchos microbios, por lo que una cantidad considerable de estos aspirantes a obreros de pico y pala se valieron de tomar las muestras de las “eses” del compañero que estaba a su lado defecando en pleno monte, porque la observaba que era más sólida y podía pasar bien en el examen de laboratorio. Por eso y por mucho tiempo se escuchó decir entre los obreros: a fulano lo reportaron con la m... de sutano ó perencejo está trabajando gracias a la m...de mengano.

Terminada la construcción del área administrativa acompañada de un Dispensario, talleres y otras edificaciones propias para la actividad petrolera, un urbanismo para el personal gerencial en el extremo Oeste compuesto por 128 casas, campo de golf, comedor de primera, plantas eléctricas y de hielo, panadería, cine, escuela, canchas de tenis y un club. El autor hace la salvedad que no queda claro si en las 128 casas que reseña Alí Brett Martínez en su libro *Aquella Paraguaná* están incluidas las construidas para el personal obrero en el Este, --frente al patio de tanques,-- las cuales son 35 casas dúplex donde residían 70 familias y exactamente entre este patio y dichas casas funcionaba el comisariato. --Esa es la Urbanización Altamira.--

También fue construido un terminal marítimo de una longitud de 1.450 metros con seis líneas de tuberías. Tres de 16 pulgadas y las otras de 20.

Para 1929 ya estaban concluidos 37 tanques cuya capacidad era de 80 mil barriles de crudo cada uno que eran transportados en vapores desde Cabimas y Lagunillas en el Estado Zulia, almacenados aquí y posteriormente eran transportados a Estados Unidos. La Mene Grande Oil Company cesó sus operaciones en Paraguaná en 1959. Desde 1924 a esta fecha llegaron a Paraguaná muchos jefes norteamericanos que todavía son recordados nombres como: Mr. Kelly, Mr. Nelson, Mr. Leyfus y Mr. Estimberd. Estas personalidades me imagino ocuparon cargos gerenciales dentro de la referida transnacional petrolera.

XXXIII

CAMPO DE LA MENE GRANDE O URBANIZACION ALTAMIRA

Este Campo estaba formado por 35 casas dúplex como lo reseñé anteriormente, recuerdo que habitábamos la casa número 8-B, residencia ésta que le fue asignada a mi progenitor y teníamos de vecino en la parte posterior a Juan Vicente Salas. Había un Club, una escuela en la que solo podían estudiar los hijos nacidos en matrimonio, los



Fuente: Francisco Colina

“bastardos” como era el calificativo para los hijos nacidos de parejas unidas en concubinato, --como era mi caso y el de mis hermanos,-- no era permitido que disfrutáramos de ese derecho humano. Nuestros padres nos inscribían cada año en una escuelita que tenía en la calle “empetrolá” frente a la Mene Grande, en el Oeste, una maestra de quien no quiero recordar su nombre. Esta calle lleva por nombre hoy día, Avenida Rafael González.

El primer día del año escolar salíamos para la escuelita, Francisco, Amadita y yo, cada uno con una silla de Moruy en la cabeza, esa silla permanecía ahí todo el año, al concluir el año escolar regresábamos nuevamente a la casa como tres hormiguitas cargando las sillas. Pero ese “carreteo” también lo hacían los demás niños que iban a la escuela, no menos de treinta. Por eso, no es verdad aquella afirmación de que tiempos pasados fueron mejores. La maestra era muy severa, quien gobernaba en Venezuela era el General Marcos

Pérez Jiménez y parece que los maestros imitaban a sus autoridades para actuar con mucha crueldad sobre los indefensos niños que asistíamos a la escuela. En mi caso, lo digo, le tenía miedo a la maestra y me resistía para no ir a la escuela.

También había un Comando de la Guardia Nacional en una de las calles de este campo y uno de los últimos Jefe del mismo fue el Sargento Víctor Ramón Amaya Mavo quien pasó a retiro por años de servicio en su componente Guardia Nacional con el rango de Sargento Mayor con una hoja de servicio impecable. Posteriormente durante once años se desempeñó como Jefe de Seguridad de la Zona Franca de Paraguaná. Es de resaltar que el referido Sargento Mayor compró al Banco Obrero la casa donde funcionó este Comando por la cantidad de seis mil bolívares, en la cual habita su señora esposa Julia Teresa López (v) de Amaya, con sus 85 años bien vividos. Él cambió de paisaje el veinte de noviembre de dos mil diez a la edad de 81 años. Por ese Comando pasaron nombres y apellidos como estos: Pío Seco, Salón, José Rosario Colmenares, Juan Francisco Álvarez y Pabón Varela, este último también fue Jefe de Comando.

En una ocasión hubo la alarma de que un hombre en una calle de Punto Fijo estaba cometiendo actos inmorales en plena vía pública cuando las niñas pasaban para la escuela o regresaban de ésta. La novedad era que el individuo se daba a la tarea de enseñarle sus genitales a éstas. Al Comando llegó la denuncia y enviaron a uno de sus efectivos de inteligencia para ponerle fin a esta situación.

El personaje de marras fue detenido el mismo día por el efectivo encargado de investigar a este desadaptado social. Lo



Sargento Víctor Ramón Amaya Mavo
Fuente: Julia Tereza López (V) de Amaya

sorprendió en plena fechoría cuando le mostraba su miembro viril a las estudiantes que pasaban por el lugar. Por varios días a este sujeto se le sacaba del Comando a tomar sol en plena calle sentado en una silla y le colocaban en el pecho un cartelito guindado del cuello que los que pasaban por ahí podían leer: “estoy aquí por sádico”...

Con la llegada de esta empresa a tierras paraguayanas los norteamericanos también trajeron venados que se mantenían sueltos en las áreas enmontadas que eran varias hectáreas. Recuerdo que a estos animalitos siempre los veía cuando junto a mis hermanos Francisco y Amadita íbamos a llevarle el almuerzo a papá o bien cuando estaba de guardia en la puerta de la empresa o en el muelle. Los venados fueron desapareciendo vertiginosamente de su hábitat natural ya que su codiciada carne fue a parar a muchos platos y degustados por los habitantes de este campo y sus alrededores, que cada vez que tenían una reunión social a los pobres cuadrúpedos los perseguían hasta convertirlos en parrilla. Todavía se recuerdan nombres que se hicieron famosos por haberse destacados como los depredadores de esta especie animal en la Mene Grande.

El Dispensario, así se le decía a la edificación construida para prestarle atención médica a todo el personal de la empresa. Cómo no recordar a su Director, el doctor Luis Reinoso, un médico joven que vestía impecablemente de blanco. En una oportunidad me rompí la frente al caer al suelo y mi madre Julia muy atribulada me llevó al dispensario y el mismo doctor Reinoso me suturó, creo que fue sin anestesia y con una engrapadora que lo hizo porque esa v... si me dolió. Mi padre era un hombre muy chistoso y ocurrente y en una ocasión fue a consulta y cuando estaba en el consultorio, el doctor Reinoso le preguntó: Bracho qué lo trae por acá? Y él con su humor a flor de labio, le contestó: doctor es que últimamente siento mucho dolor en estas “bisagras” mostrándole de seguida las dos rótulas. Al doctor parece que no le gustó mucho el humor de mi progenitor y le respondió: entonces eso no es aquí, eso es con Los Batista, refiriéndose a la Ferretería Batista Hermanos que todavía existe en la calle Comercio de Punto Fijo.

Entre el personal paramédico estaban la Sra. Rita y Pío

Guadarrama, este último cambió de paisaje en el 2017 a la edad de 104 años, a diario se le veía por las calles de Punto Fijo vendiendo lotería. Eran unos samaritanos cumpliendo con el sagrado deber de atender con mucho amor a todo aquel que por razones de salud llegaba hasta ellos. El Club de la Mene Grande se llamaba Altamira y en ocasiones se



Pio Guadarrama. Primer enfermero de la Mene Grande

formaban trifulcas entre nativos y marinos visitantes de diferentes nacionalidades tripulantes de los mercantes que tocaban ese terminal marítimo para llevar el codiciado oro negro a los Estados Unidos. Eran noches de mucho trabajo para la Guardia Nacional cuyo Comando estaba a pocos metros del Club. Los efectivos castrenses para someter a los participantes en la riña tenían que hacer uso de sus peinillas para lograr restablecer el orden en el referido Club, siempre había lesionados y detenidos.

Estos son algunos nombres del personal que laboró para la referida empresa y que muchos de ellos habitaron junto a su familia las casas para obreros, lo que hoy día se conoce como Urbanización Altamira: Martín Guanipa, Juan Nicolás Reyes (Papache), Ramón Ordoñez, Ángel Guanipa, Juan Vicente Salas, Chindo Bracho, Pedro Nieves, Rafael González, Juan Álvarez, Erasmo López, Gabriel Cariel, Pancho Perozo, Graciela Guadarrama



De Derecha a Izquierda, Chindo Bracho junto a trabajadores de la Mene Grande.

(Chocha), Pedro Rivero, Ángel Chourio (uno de los últimos gerentes del comisariato), Rubito Mavo, Ramón (Monche) Ruíz, Rosendo Velásco, Daniel Flores, Florentino Velásco, Darío Marín, Jesús Irausquin, Víctor y Bruno Martínez, La O Riera, Francisco Chávez, Modesto López, Rufus Celestine González (El negrito Rufo), José Eduardo Lanoy, Pedro Naveda, Simeón Ocando, Eustacio Gómez, José Devonish, Pompilio Díaz, Pache Rivero, Albino Nava, Quintín Amaya, Manuel María García, Miguel Gómez, Ignacio y Julio Martínez, Ignacio Chiquito, Pedro Peña, Natividad Zavala, Adolfo Medina, Antenor Gómez, Facho Díaz, Bruno Martínez, Gorgonio Yamarte, Antonio Arens, Sargento Víctor Ramón Amaya Mavo, entre otros.

XXXIV LAS 156 HECTÁREAS HOY DÍA QUE OCUPABA LA MENE GRANDE

Estas 156 hectáreas estaban protegidas por una cerca perimetral de alambre de ciclón y rieles doble “T” que protegía dicho terreno, las instalaciones de la Mene Grande y sus habitantes. Cubría los cuatro puntos cardinales de la siguiente forma. Norte: Barrio Nuevo Pueblo. Sur: lo que es hoy día la Avenida Rafael González. Este: Avenida Jacinto Lara, y Oeste: La población de Carirubana y el Mar. Si partimos desde el Oeste por lo que hoy es la Av. Rafael González hasta llegar al Este que era una carretera negra y angosta que pasó a llamarse Av. Jacinto Lara. De ahí se desplazaba la cerca hacia el Norte hasta llegar a los límites del Barrio Nuevo Pueblo, lo que hoy día es la calle Uno de la Urbanización Jorge Hernández con Av. Jacinto Lara donde está la Escuela Industrial Generalísimo Francisco de Miranda. Siguiendo hacia el Oeste y pasando dicha cerca por lo alto del lado Sur del Barrio Tropezón, --para la época,-- hoy llamado Barrio Miramar; continuando en un sube y baja la referida cerca por esos farallones, pasando frente al mar y el terminal marítimo para empalmar nuevamente con la cerca en la Avenida Rafael González, en el Oeste.

Ahora bien, anteriormente dije que la Mene Grande cesó sus funciones en 1959. Posteriormente estos terrenos pasaron a ser propiedad del antiguo Banco Obrero que después pasó a llamarse INAVI. A principio de los años 60 se estableció allí el Apostadero Naval y años después pasó a ser la Base Naval Generalísimo Juan Crisóstomo Falcón, ocupando el urbanismo, las instalaciones administrativas, el terminal marítimo y los terrenos donde estaba el patio de tanques de esta empresa, donde se desarrolló también un urbanismo para el personal militar acantonado allí, incluyendo un Hospital Militar.

En las hectáreas restantes a finales de los años 60 y principio de los 70 a través del Banco Obrero el gobierno nacional emprendió la construcción de un complejo habitacional de cuatro etapas compuestas de casas y bloques de apartamentos, una Escuela Industrial, un complejo deportivo, un liceo, un edificio para el Seguros Social con áreas administrativas y de consulta, una Escuela de Comercio, una edificación para la Sanidad, una Clínica anticancerosa, una edificación para la Comandancia de Policía, una edificación para la Prefectura, --en ésta,-- en la actualidad funciona el Comando Estratégico Operacional de la Fuerza Armada Bolivariana, una sede para el Sebin, una Escuela de Arte y Oficio, una Iglesia y más recientemente un Parque Metropolitano, un Centro de Diagnóstico Integral, una Sala de Rehabilitación, una sede para el CICPC y otras edificaciones privadas. La Escuela Mene Grande continúa en su sitio original.

Es bueno resaltar que en estas hectáreas antes de ser ocupadas por las edificaciones y el urbanismo ya señalado funcionó una pista improvisada, polvorienta, donde los fines de semana se hacían carreras de caballos. Una vez que esos terrenos empezaron a ser urbanizados los organizadores de dicho evento se fueron al sector El Cardón, lo que hoy conocemos como el Hipódromo de Paraguaná.

En los alrededores de ambas pistas se aglomeraba mucha gente de Punto Fijo y venidas de toda la Península que se daban cita en el lugar para presenciar y apostar a los ejemplares de su preferencia. Fueron muchos los equinos que corrieron y se destacaron en los improvisados óvalos. Hoy recordamos a El Profeta, El Radar, El Fanful, El Zorro, este último de Wuadi Richani y Vigirima, de Jesús Chucho Pelayo.

Así mismo cumplieron una destacada actuación, jinetes de la talla como: Alcibíades Gutiérrez y Jesús Ávila, que junto a otros nóveles Jockeys lograron escalar posiciones de campeones en los Hipódromos de La Limpia en el Estado Zulia, La Rinconada en Caracas e inclusive en Hipódromos internacionales.

XXXV GASTANDO MADRUGADAS POR UNA LATA DE AGUA

Así dice la letra de la melodía “Canción para acordarme” del Poeta, músico, compositor y cantor del pueblo, Alí Primera, para referirse a esas madrugadas en las barriadas de Caja de Agua y Las Piedras --esta última población donde residió junto a su familia-- después de haber llegado de San José de Cocodite, Distrito Falcón para la época hoy día municipio Falcón. Él plasmó en su poesía esos momentos cuando los muchachos de la época, --donde me incluyo junto a mis padres y hermanos--, empezábamos a llegar desde la madrugada a la pila o pluma pública --como también se le decía--, para hacer la cola o fila y esperar el turno para llenar de agua los baldes o latas que llevaríamos a nuestros hogares. En las latas se podía leer: Aceite Branca, Aceite el Águila y manteca Los Tres Cochinitos y en los baldes los logos de Shell, Creole y Móvil. Eso era lo que nos quedaba a los venezolanos después de que esos productos eran vendidos por quienes siempre se apoderaron de nuestras riquezas.

En la calle San Luis de Caja de Agua entre las calles Comercio y Providencia, --donde llegamos en 1955--, proce-



dentes de la Mene Grande, recuerdo había una de estas pilas a escasos metros de nuestra casa. Esa agua llegaba procedente de Siburúa, población situada al Sur de Coro, a través de un tubo de ocho pulgadas, que no estaba enterrado sino sobre la superficie a escasos centímetros del suelo y descansaba sobre unos “durmientes”, --el chorro de agua era abundante--. Ese tubo llegaba hasta el acueducto que estaba en la calle del mismo nombre esquina con calle San Luis. Eran dos depósitos grandes con sus bombas y un tanque aéreo de acero galvanizado que la gente lo bautizó como el “tanque elevao”. Ahí había otra pluma. En sus inicios, 1939, el agua llegaba a esos depósitos procedente de un pozo que había en El Papagayo. De ahí se surtían de agua las familias: Rodríguez, Manaure, Pulgar, Puente, Martínez, Quintero, Goitía, Quero, Medina, Jiménez, Lugo, Marín, Sánchez, Oduber, Jurado, García, Díaz y Valles, entre otras.

Muchos de los muchachos de esa época que buscábamos agua también la vendíamos a un bolívar la pipa, cuya capacidad es de doscientos litros, --ahora una botellita plástica de trescientos cincuenta cc cuesta miles de bolívares-- y lo hacíamos con dos baldes o latas colgando de lado y lado a través de unos ganchos que a su vez pendían de un palo que uno se colocaba en los hombros. En mi caso y de mis hermanos Francisco y Osbaldo, durante la semana surtíamos de agua una bloquera que era propiedad de Cecilio Dávila, quien nos pagaba semanal. Y así lo hacíamos con varios vecinos que nos solicitaban los proveyéramos del vital líquido.

Esa “pila” era muy concurrida. Mientras estábamos esperando en la cola jugábamos trompo, metra, chavalo o chapita. Antonio Dávila (Toché), hijo de Cecilio Dávila, casi nadie quería jugar con él porque si el contrario perdía la partida y el trompo tenía que “tenderse” para darle los mapolazos, era casi seguro que lo partía en dos. Siempre mantenía uno en muy buenas condiciones y con una punta afiladita y él que le imprimía mucha fuerza a su mano derecha hacía que ese juguete no se enfrentara a competir con nadie más.

De los muchachos y adultos que desde la madrugada hacíamos de ese sitio nuestra segunda casa, recuerdo a: Majuma, Oscar, Víctor y Nano Gómez; hijos de Víctor Gómez. Rafael, Teodorito y Orlando Córdoba; hijos de Lolo Córdoba. Erasmo, Pablo, Chiche y Yoyito estos son hijos de Yoyo Gómez, Pedro, Ambrosio y Eduvígido Colina (Don Limpio), Antonio Semeco a quien apodaban “Chayela”, Juan Vicente, José Vicente, William, Alí, Polibito y Ñeño; hijos de Polibio Chirinos, quien se destacó en el béisbol y softbol e hizo que sus vástagos siguieran su ejemplo y también se hicieron buenos deportistas. Domingo (mingo) Gómez, hijo de Sabas Gómez, Miguel (Maquigua) López, Nené Álvarez, Miguel y Elpidio Saavedra, Camilo Lugo y Toto “Cagalonga” Lugo.

Los vecinos de esa cuadra por ambos lados eran: Andrés Villavicencio que tenía una bodega en la esquina de las calles San Luis con Providencia, Matías Hernández que a más de tener un taller de zapatería también tenía dos hermosas nietas. Eladio Oduber, Polibia y Cornelio Ávila, Fallita y Amílcar Peña, Vences Delgado, Víctor Gómez, Chindo Bracho y Julia Colina (mis padres), la familia de Amalio López, Aurelio Torrealba, López Aldama y en la calle San Luis con Providencia en la esquina del lado Sur, estaba la señora Columba Díaz madre de Francisco (volumen) Díaz quien tuvo una destacada figuración en el béisbol falconiano.

El señor Dionisio (Nicho) García que habitaba en la calle Corea hoy día Guaicapuro, era el encargado de supervisar dicha tubería y —otro señor de quien no recuerdo su nombre—, no sé hasta dónde llegaba en su recorrido ese caminante solitario con sus trancos largos. Era un obrero muy diligente del Instituto Nacional de Obras Sanitarias (INOS); cuando localizaba un derrame de agua brotando por algún agujero en esa línea del acueducto procedía a remendarlo con goma de tripa de caucho o bicicleta y lo amarraba muy bien con alambre y si era necesario hasta un taco de madera le ponía de tapón. Así evitaba que ese preciado líquido se perdiera en esas llanuras. Ahora andan en flamantes camionetas con aire acondicionado

y no ven las averías que existen en todo lo largo y ancho de la patria.

En 1958 nos mudamos a la calle Comercio de esa misma barriada, a escasos metros del Bar Caja de Agua, de Ricardo Machado y frente al Abasto del mismo nombre cuyos propietarios eran Francisco Mendoza y Cristian Freites; todos de origen portugués. Buscábamos el agua en dos tomas públicas de éstas. Una estaba situada en la calle Libertad entre Comercio y Providencia, frente a lo que es hoy día la Comercial San Juan de Dios, de Juan de Dios Atacho y la otra estaba en la calle Libertad esquina con calle Acueducto muy cerca de la casa de la Señora Eruma Chiquito.

Desde la madrugada mi padre nos acompañaba y ya éramos los cuatro muchachos, Francisco, Osbaldo, Argenis y este servidor, quienes nos levantábamos para surtir de agua nuestro hogar. Y lo hacía para evitar ser golpeados por los guapetones que ya eran bastante. Estos no respetaban la “cola”, llegaban y querían llenar sus baldes por delante de quienes estábamos ahí desde la madrugada. --Y lo hacían, eran guapos--. No pasaban de doce y se hacían sentir en estas “pilas” ya señaladas. Casi todos los días había por lo menos una pelea ocasionada por estos desadaptados adolescentes.

Aquí algunos nombres y remoquetes de quienes se daban cita a diario en éstas en busca de esa bendición de Dios que hoy día se aleja cada vez más de este planeta: Carlos, Noel y Segundo “Pelón” Hernández, Rafael Chirinos, Daniel Vargas, Gonzalo Chirinos, Félix Chirinos, Freddy Valles. Los esposos María Dolores y Rodolfo Martínez y sus hijos: Luis, José, Rodolfo y Cosme Martínez; como el solar estaba muy cerca de la “pila” por las noches conectaban una manguera la cual vigilaban y hasta regaban una siembra que tenían. Isidro Petit, Segundo y Luis Cayama, Mario Navas, Pedro y Román Acacio, Antonio (Petaca) Petit, Miguelina Petit y Francisco (El Charro) Petit; hijos de Eulogio Petit, Miguel Acosta (El marciano), Pico e'cota; --estos dos últimos eran hermanos--. Los hermanos Chanito, Toto y Tito Semeco, Estilita Coli-

na (La Negra Tila) con sus hijos Pío Colina (El Negro Pío), Pedro Acosta y la Negrita Niolasa. Maríta Marín, Adalberto Marín (Pata e'cacho), Adalmiro, la señora Blanca y sus hijos Antonio y Plinio, Ramón Lugo (Frente e'papo), Jesús y María Briceño, Antonio y Nando Jiménez, Chael Lugo, Yiyo, Pache y Maike Manauere, Alexis Lugo, Enrique Hernández (El Matacán), Gilberto Córdova (Matasiete), Eduvigido Colina (Don Limpio), Chulinga, Margarito Reyes, Rigoberto y Antonio Perozo, Celestina García, Gloria Manzano, Pola Ramírez, Ambrosio, Sergio "Mazamorra" Primera, Anisio Hernández, los hermanos Alirio, Cheo, Chimo, Luis, Lucas y Beto Castro Pinto, Abraham y Chanito Medina, Nicanor Colina y sus hijos. Cirilo y Fermín García, Pedro (Pinguino) Colina, Los Murguey, Ramón Bracho "Pira verde", María Lugo, Moroco, la Señora Clorinda, Cheche el gordito, los hermanos Valles; hijos de Adán Valles, Julio, Héctor e Ignacio Borges; hijos de Profeta Borges, El ratón García hijo de Nicomedes García, Julio y Alexis Aular (El picure), Félix y Luis (Wiche) Colina, Orlando (Caretón) Lugo, Irene Lugo, Guillermo, Justiniano, Avelino y Pedrito Reyes; hijos de Pedro Reyes, Los morocho Chiquito, Jesús y Henry Rodríguez, Chundo, Omar y Pedro (Pata e'plancha) Morales, Catalino Díaz y sus hijos Indalecio y Beto Díaz, Segundo (Cachube) Reyes, Ibrahim Kóquiz, Ramón (Aleluya) López, Pablo Verasteguí y sus hijos. Pradelis, Amábiles y Alonso Ramírez, Francisco Arenas García, Nicolás García, Ignacio (Cara sucia) Oropeza, Pan quemao, Miguel Aguillón (padre), Miguel Aguillón (hijo), Andrés García (El chino), Kiko Guadarrama, Lula García, Diosa Hernández, Rafael Hernández, Paquito Bracho. Los hermanos: Humberto, Francisco y Jairo Lermont Tovar, Néstor Flores (Mascaita), Antonio y Elvis Sánchez, Nicho González, Vicente Goitía y Lindo Bello. De este último ese es su nombre, así lo presentaron en el Registro Civil.

Es de resaltar que también había uno de estos surtidores de agua en la calle Providencia, frente a la casa de Monche Adrianza (El barbero) --ahí buscaba el agua Jairo Revilla--. Otra en la calle Santa Inés esquina con calle Monagas, estaba

muy cerca de la bodega La Fija, de Manuel Blanco. En esta “pila” una de las “manda más” era la señora Julia; abuela de los hermanos Víctor, Franco y Nelson Ibañez Martínez quienes también se hacían sentir. De allí se surtían de agua los hermanos Jairo, Iván, Lucía, Anita, Yolanda y Nancy Pereira, Abilio Colina, Antonio (Tabanito) Colina, Francisco (Chicote) Colina, Teófilo Méndez y sus hijos Orlando y Jesús (Chucho) Méndez, Miguel López (Maquigua), María Soto, Alciviades Gutiérrez, Rafael Chirinos, las hermanas Lupita, Gladys y Esther Pérez, Mundito Pérez, las hermanas Beysa y Amarilis Díaz, los Salazar Piña, Juan Díaz, Martín, Félix y Perucho Borges, Maro y José Trómpiz, Ramiro Sánchez (Pirita), Teodoro y Francisco “bigote” Borges, Emiliano Díaz, Pastor Pereira (mí abuelo) y sus hijos Pedrito, Eduardo, Eusebio y Juan de Dios Pereira, Ramón Soto, Indalecio y Norberto Díaz, Paula Ibañez de Chirinos, Alí Chirinos, Rogelio Martínez y Polita Reyes.

Había dos más; una en la calle Acueducto al final, hacia el Este, exactamente frente a la casa de Chicomón Sánchez. En ella buscaban agua Aurelio Navas y sus hijos los morochos Luis Reinaldo y Luis Hermógenes Navas y las familias Delgado, Bracho, Smith, Abraham, Valles, Naranjo y Céspedes. Y la que estaba frente a la casa de Nano Ocando, en la calle Libertador; de ella se surtían: Pablo Lugo (El grillo), Carmen Julia Córdoba, María Martina Bracho, Celia López, Vicentico López, los hermanos Navas, las familias Flores, Naveda y Moreno.

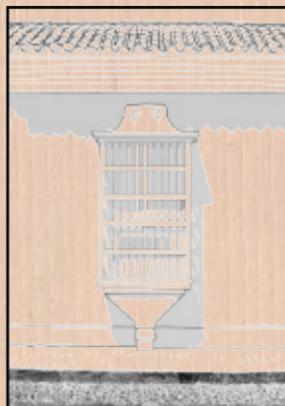
A quienes no aparecen sus nombres reseñados en esta crónica, --sé que son bastante-- les pido disculpas, si es que todavía andan por ahí --pero igual-- son merecedores del reconocimiento como seres humanos excepcionales que han sido y que han formado parte como héroes anónimos, que con su trabajo honesto han ayudado al engrandecimiento de esta tierra de gracia llamada Venezuela.

De estos humildes habitantes que en esas madrugadas y días padecíamos las mismas penurias en esas “piletas” en bus-

ca de ese poquito de agua para la supervivencia, --todos nos hicimos hombres y mujeres de bien-- que al pasar del tiempo con nuestro tesón y esfuerzo, muchos logramos hacernos de una profesión u oficio que nos sirvió para ingresar al mercado laboral por el resto de nuestras vidas. --Solo los zagaletos a los que ya hice mención como guapetones--, se desviaron para siempre de las normas de convivencia y no supieron disfrutar de lo bello que es la vida. --Unos ya no están--, --viajaron muy jóvenes--, otros todavía deambulan por ahí con un futuro incierto entre el delito y el vicio.

Golpe e' tapara. Crónicas de Paraguaná.
Versión Digital - Noviembre 2018
en el Sistema Editorial Regional
en Coro, estado Falcón.
República Bolivariana de Venezuela

Golpe e' Tapara reúne una variedad de crónicas que muestran la jocosidad y simpatía del pueblo paraguano. A través de estas líneas el autor nos aproxima a personalidades que hicieron parte de esa Paraguaná Petrolera que fue moldeándose entre su gente y los fenómenos propios de una ciudad influida por la industrialización que acarreó la explotación del crudo.

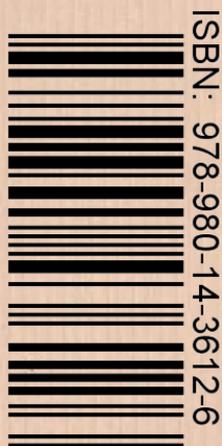


Sistema de Editoriales Regionales Falcón

ISRAEL ANTONIO COLINA

7 de Noviembre del 1947 / Punto Fijo, Estado Falcón

Fue fundador del conjunto de música criolla “Estrellas de Occidente” y del Grupo “Juventud cultural y artística de Caja de Agua”, en Punto Fijo. Durante su servicio militar formó parte junto al músico y cantante Frank Davalillo de un conjunto de música criolla. Siempre entregado a la vida cultural, en cada uno de sus pasos se vinculó a diversas organizaciones culturales. Hoy nos da la grata oportunidad de conocer memorias de la Península de Paraguaná a través de Golpe' e Tapara.



ISBN: 978-980-14-3612-6

